

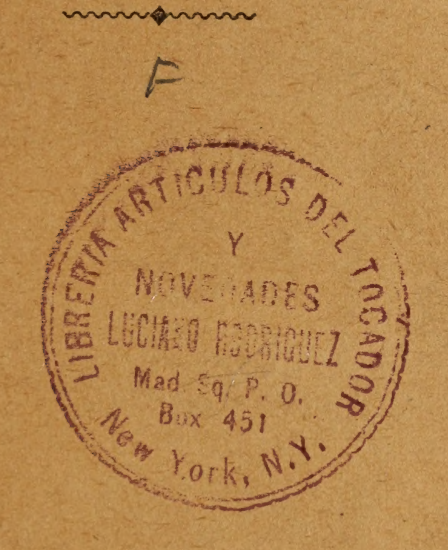
3 1761 08714007 5

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/latierradetodosc00blas

LA TIERRA DE TODOS

F



PRINTED IN SPAIN

LS
B6445tL

LA TIERRA DE TODOS

COMEDIA DRAMATICA EN CINCO ACTOS

ADAPTACION TEATRAL DE LA NOVELA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

POR

LUIS LINARES BECERRA

380176
11.5.40



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO PRIMERO

Un salón despacho de casa de TORREBIANCA, *en la calle Henry Martin, de París. Un lujo recargado y llamativo. Excesivos dorados en muebles y espejos. Al fondo un segundo salón con términos libres. Es a media tarde.*

En escena ELENA DE TORREBIANCA *y su esposo el Marqués de este título. Invitados a tomar el té aparecen en distintos grupos, la* CONDESA *y el* CONDE TITONIUS, *la* MARQUESITA DE RIENZI, CARLOTA, GABRIELA, EUGENIA *y* CORA, *espirituales madamitas de la más acrisolada aristocracia; el poeta ultraísta* RONFLART, *el compositor* DACAPO *y los jóvenes* VÍCTOR *y* EDMUNDO, *sin apellido notorio y a quienes, para los efectos de esta comedia, no se les exige profesión determinada. Basta con un chaquet de buen corte. Y es así como empieza la comedia, en medio de una gran algazara de risas.*

COND.ª *(Cuando han acabado de desgranar sus risas las muchachas.)* ¡No estamos conformes, y no estamos conformes, amigo Ronflart!

RONFL. ¡Señora mía!

COND.ª Nada de señora suya. Eso que acaba usted de leer no es una poesía, ni tiene ritmo alguno, ni se ajusta a ninguna preceptiva conocida.

RONFL. Certísimo, Condesa. Ni preceptiva, ni ritmos clásicos, ni sonsonetes obligatorios. Yo soy un espíritu sin ligaduras, de igual manera que mi eminente amigo y colaborador el glorioso compositor Dacapo, es otro insubordinado, otro inestable... Váyale usted a él con el dos por cuatro y el seis por ocho. Nosotros no sabemos multiplicar. Poseemos una técnica nuestra.

ELENA Evidentemente es usted uno de los artistas más originales de cuantos ha traído, hasta ahora, a honrar mis salones, mi buena amiga la Condesa Titonius.

RONFL. Encantado, Marquesa.

COND.ª Pero si tiene mucho talento. Ahora, que para demostrarlo se empeña en presumir de inculto y de indiferente. A lo mejor me hace preguntas como ésta: «Oiga usted, Condesa, ¿de quién es esa estupidez que se titula «El tartufo»?» O bien: «Oiga usted, Condesa, ese señor Shakespeare, amigo de usted, ¿se llama Benito de nombre, por casualidad...?» *(Risas.)*

RONFL. Querida Condesa. Yo no necesito conocer a nadie *nosce me ipsum* y nada más. Estudiar a los demás es malograr, pervertir la espontaneidad del espíritu. A mí, su amigo Shakes-

peare, no me interesa. Puede usted decírselo de mi parte. A menos que esté aquí presente. *(Mira alrededor de sí. Grandes risas.)*

COND.ª Es usted de una pose deliciosa.

MARQ.ª Parece como si hablara en serio.

RONFL. Y en serio hablo, lindísima Marquesa. Yo sé de Homero que era un pelagatos que pedía limosna.

ELENA ¡Un pelagatos!

RONFL. Un ciego que cantaba coplas con una bandurria, señora Marquesa. ¿Usted no ha visto en esta misma Avenida Henry Martin, un pobre inválido que toca en la flauta la «Java» y el «J'en ai marre»? Pues una cosa así.

ELENA Es usted un salvaje. Voy a darle a usted una taza de té para que enmudezca.

RONFL. Me la beberé a la salud del Dante..., que, según tengo entendido, es italiano como su esposo. Dante... Dante... ¿Cómo se llama de nombre...? ¡Ah, sí! ¡Emilio...! ¡No! ¡Mariano! Creo que ha escrito una comedia que dice él que es divina, pero ya verá usted como no se la estrenan.

(Se come un croissant. Elena sirve el té mientras hablan Titonius y Federico.)

FEDE. *(Sonriendo a Titonius.)* Es un ente curioso. ¿Y vive de sus versos?

TITON. Muere de sus versos, que es todo lo contrario, Marqués. Finge una incultura sacrílega, debajo de la cual hay algo de humorismo y mucho de amargura. ¡Si conociese usted la vida de

todos estos artistas desconcertantes, de que mi mujer se rodea! Yo sufro, querido Marqués, sufro horriblemente porque, además de ser desconcertantes, recitan y tocan el piano, y hasta cantan, digámoslo así. También mi mujer hace versos, poemas, epopeyas... ¡Qué sé yo! Se cree Aspasia, la mujer de Pericles. Y puede, puede que ella tenga algo de Aspasia, pero, ¿qué tengo yo de aquel sabio ateniense, Marqués de mi alma?

FEDE. Mala gente los artistas.

TITON. La vida es dura y hay que afilar los dientes para roerla.

FEDE. Muy dura, en verdad.

TITON. ¡Usted qué sabe de eso! ¡El ingeniero de las grandes explotaciones, de las fantásticas y arriesgadas empresas! Esas especulaciones del banquero Fonterroy en Africa son algo modernísimo, algo ultraísta, como las sinfonías de Dacapo y los madrigales de Ronflart. Ahora creo que quieren ustedes tender una red de ferrocarriles a través del Sudán egipcio. ¡Inagotable fantasía la del banquero Fonterroy! Francia entera se apresura, deslumbrada, a vaciar sus bolsillos en las manos de ese formidable creador.

FEDE. Da un poco de vértigo el talento de Fonterroy.

TITON. Es un hombre de presa. Todo lo contrario que yo. Soy un antípoda. Mi único afán es acurrucarme oscuramente en un rincón de casa donde no oiga los versos de mi mujer, ni las

elegías bárbaras de Ronflart. Porque en confianza, si la poesía es eso que vociferan mi mujer y sus satélites, es para renegar de Homero y de su progenitor... En fin, usted ya conoce las veladas de mi mujer, ¡qué le voy a decir! Hay momentos en que me tengo que encerrar en la cocina y envolverme la cabeza en la manta de planchar. Y aun así me persigue el martilleo agresivo de su rima... Porque, claro, yo soy noble, ostento un título del segundo Imperio... no debo pegar a mi mujer... ¡Pero la he oído dos mil ochocientas veces el soneto a Agrippa! Anoche aun tuve que soportarlo... a través de la manta. Inconscientemente empuñé la mano del almirez... pero repito que soy un noble del segundo Imperio.

CARLOTA *(A la Condesa Titonius.)* ¿Por qué no nos recita usted, Condesa, su soneto a Agrippa?

TITON. *(Dando un salto y apresurándose a despedirse.)* ¡El soneto...! Adiós, Marqués.

FEDE. Pero, ¿dónde va usted, Conde?

TITON. A coger un auto, o a que me coja a mí. Me voy en línea recta hasta que se le acabe la gasolina al depósito. El soneto no lo oigo más. Antes me voy al Sudán egipcio de conductor de uno de los trenes del banquero Fonterroy.

COND.ª *(Que se debate melosa ante los requerimientos de las muchachas.)* ¡Oh, no, por Dios...! ¡No me insistan...!

Estoy rendida... Esta madrugada, después de despedirlos a ustedes, me sentí vibrar, me encerré en mi despacho y cuando el sol vino a besar los revoltosos ricillos de mi nuca, había compuesto dos cantos de mi poema Sísifo... Mañana les daré lectura en casa, de los dos cantos nuevos y de los nueve de la primera parte. Están ustedes invitados. A las cinco. Les daremos el té. *(Dirigiéndose a su marido.)* Pero, ¿no dices nada, Titonius? ¿No invitas a estos señores?

TITON. ¡Pobrecillos! Bueno, que vayan. A mí no me han hecho nada, pero que vayan. A las cinco. «Five o'clok tea.» Una taza de té con once cantos.

RONFL. Yo también les recitaré la leyenda «Vernicola». Siete cantos.

TITON. Se ha metido la tarde en piedra.

RONFL. Depende de que la pueda terminar esta noche en mi cenáculo.

TITON. Y la termina. ¡Si tengo yo toda esta suerte!

GABRIE. ¡Muy bien, muy bien!

ELENA Nosotros no sé si podremos ir. Tenemos la matinée del Vieux Colombier.

RONFL. ¡Por Dios, linda Marquesa! Nos agravia usted. ¿Qué hacen en ese Vieux Colombier, vamos a ver?

ELENA Los siete contra Tebas, me parece.

RONFL. Siete contra uno, ¡qué cobardía...! ¡Por Dios, amigos míos...! Vengan al hostal de la Condesa Titonius, nuestra moderna Mecenas.

ELENA ¡Ah! ¿Sabe usted quién era Mecenas?

RONFL. Naturalmente. Un procurador amigo de mi padre. *(Todos ríen.)*

TITON. Al poema de este salvaje le añado yo un canto... de kilo y medio.

FONT. *(Por el foro. Hombre elegante, maduro, un poco autoritario dentro de su corrección un poco afectada.)* Buenas tardes a todos.

ELENA ¡Fonterroy!

COND.ª ¡El rey Midas!

FEDE. *(Avanzando a su encuentro.)* ¿Qué tal desde anoche, querido?

FONT. Perfectamente. Y usted, Elena, ¿cómo está?

ELENA *(Secamente.)* Bien.

FONT. *(A la Condesa Titonius.)* ¡Puedo besar la mano de la moderna Safo, sin temor a convertirla en oro!

COND.ª Es usted el banquero más lírico que conozco, querido Fonterroy.

FONT. En los números hay siempre algo de poesía, como en los versos hay también algo de cifra y de medida. ¿Cómo va, Dacapo? ¿Siempre en las nubes?

DACAPO Siempre, no.

TITON. Por desgracia.

DACAPO Decía usted...

TITON. Nada. Vuélvase a las nubes...

DACAPO Es que creí...

TITON. ¡A las nubes!

FEDE. ¿Trajo usted los planos, Fonterroy?

FONT. ¿Qué prisa le corren, Marqués?

FEDE. Es que quisiera estudiar estos proyectos...

FONT. No será desconfianza..., ¿verdad, Federico?

FEDE. ¡Por Dios! He firmado sin leerlos cuantos documentos me ha traído usted. Pero la gente me pregunta, los accionistas ansían conocer detalles que yo no puedo darles... «¡Qué ingeniero es usted!», me dicen... Y a veces, me siento avergonzado de mi ignorancia como de un verdadero delito.

FONT. ¿No tiene usted fe en mí?

FEDE. Absoluta. Pregúntele usted a Elena.

FONT. No se preocupe usted entonces. Ya saciaremos esa curiosidad anegándola en millones y millones.

FEDE. Tengo un poco de miedo, Fonterroy.

FONT. ¡Chiquillo! Le prohibo a usted tener miedo, y, sobre todo, amedrentar a Elena, esta mujercita tan animosa, tan moderna. ¡Ah! Y a propósito. Mi enhorabuena por el nuevo automóvil. Precioso.

FEDE. ¿Qué dice usted?

FONT. ¡Ah! Pero, ¿usted no sabía...? ¡Graciosísimo!

FEDE. Es Elena la que se ocupa de eso... Ella es el alma de esta casa... Hace bien en prescindir un poco de mí. Yo estoy educado por mi madre muy a la antigua... Tiran de mí a menudo los viejos sillares de mi castillo de Florencia... Mis antepasados no salieron de Italia. Yo, más afortunado —quiero creer que más afortunado—, vine a París...

FONT. Y aquí conoció usted a Elena y se abrasó usted en la luz de sus ojos.

FEDE. Así fué. Me enloqueció para siempre, para siempre.

FONT. Muy justificada su locura, Marqués. Elena las justifica y las disimula todas.

(Toda la gente joven se ha agrupado al foro con el Conde Titonius. A la derecha primer término Elena habla con la Condesa Titonius y la Marquesa.)

CORA
EUGENIA } ¡Por Dios! ¡Por Dios!

GABRIE. No sea usted maldiciente, Ronflart.

CARLOTA Eso ya no se lleva. ¿No sabe usted que ahora está de moda hablar bien del dueño de la casa?

RONFL. Pero, ¿es hablar mal, decir que la hermosa Elena, como llaman en París a la Marquesa de Torrebianca, debe hasta el oxígeno que respira?

TITON. Y el que se da en el pelo.

RONFL. ¿Es hablar mal, decir que el banquero Fonterroy, a pesar de ser el hombre más rico de París, no da abasto para satisfacer las mil exigencias de esta deslumbradora reina de la moda?

TITON. No, señor, no es hablar mal.

COND.ª *(A Elena.)* Son otros, efectivamente. No me había fijado.

MARQ.ª Magníficos pendientes. Debe usted tener un capital fabuloso en joyas.

ELENA No crea. Soy una pobrecita.

COND.ª En joyas, en sedas, en carruajes... gasta más de siete millones de francos todos los años.

ELENA ¿Me lleva usted la cuenta, Condesa? Este fabuloso París tiene algo

de aldea minúscula. Todo se sabe, todo se comenta... En mi patria, gastar dinero no es un delito, ni escandaliza a nadie. Bien es verdad que Rusia, mi Rusia «d'avant guerre» no existe.

MARQ.ª Hace usted bien en gastar, Elena. Para algo trabaja Torrebianca en esas fecundas y doradas quimeras de sus negocios africanos... Torrebianca y Fonterroy se completan, se perfeccionan recíprocamente.

ELENA Cierto. Pero, ¿no queréis que os enseñe el último envío de madame Fleury? ¡Una docena de modelos que son un ensueño!

CARLOTA *(Con las demás muchachas.)* Sí, sí.

ELENA Con su sombrero y su abrigo correspondientes... Hay sobre todo un charmeusse azul prusia, que es una creación. Os enseñaré también el automóvil que me he comprado haciendo juego con el traje...

DACAPO Yo también voy a verlos. Me gustan los vestidos de señora. En cambio, estos trajes nuestros, horribles, antiestéticos...

RONFL. ¡Divina Grecia; Roma la eterna...! Supremas clámides y severos peplos...

TITON. ¡Pero sabe usted que han existido Grecia y Roma! No lo creía yo tan culto.

RONFL. Han existido, existen y existirán. Para ser poeta no se necesitaba en la Roma de Marcial y Lucano ni en la Grecia de Píndaro más que saber cantar... Ahora hay que saber morder... y, por

Dios, no le diga usted a nadie que le he hablado de Píndaro. La leyenda de mi feroz incultura se derrumbaría, y yo vivo de mi barbarie... *(Han ido haciendo mutis todos los personajes por el foro izquierda, a excepción hecha de Fonterroy y Federico.)*

FONT. ¿No va usted a ver las creaciones de madame Fleury?

FEDE. No.

FONT. Pues yo no quiero incurrir en el enojo de su mujer. Una señora que enseña sus sedas, es como un artista que muestra sus obras... Con permiso... *(Inicia el mutis.)*

FEDE. ¿Fonterroy?

FONT. *(Deteniéndose.)* Dígame.

FEDE. Esos proyectos que yo he firmado...

FONT. ¡Por Dios, Federico! Demos un poco de paz a los odiosos números. Tiempo habrá mañana, a luz del sol, de hablar de negocios. Déjeme respirar libremente en este armisticio de un par de horas que me conceden mis enemigos... Hasta ahora, Marqués. *(Federico no responde. Hunde la cabeza entre las manos y así permanece unos segundos. En seguida entra un* CRIADO *de librea por el foro derecha.)*

CRIADO ¿Señor Marqués? *(Federico se levanta vivamente, pasándose un pañuelo por los ojos.)*

FEDE. Pasa. ¿Qué quieres? *(El Criado le presenta una bandeja*

sobre la que hay una factura que Federico coge.)

CRIADO Ha venido tres veces.

FEDE. La señora Marquesa...

CRIADO La señora Marquesa le encargó ayer que volviese esta tarde.

FEDE. Di a la señora Marquesa que tenga la bondad de venir un momento. Está en sus habitaciones. *(Sale el Criado. Federico contempla fijamente la factura.)* ¡Cincuenta mil francos! ¡Ha venido tres veces...!

(Una pausa. Entra ELENA *por el foro izquierda.)*

ELENA ¿Me llamas, Federico? *(Federico le tiende la factura en silencio. Elena se sobrecoge un momento, y, mientras logra dominarse, habla aturdida y nerviosa.)* ¡Ah! La factura de casa Stanley. Cincuenta mil francos. Son las perlas que hacen juego con el traje que llevé al Elíseo... Pero te juro que me prometieron dividirme la factura en tres plazos.

FEDE. *(Con cariño, tristemente.)* ¡Elena! Pero, ¿es posible que no te des cuenta?

ELENA ¿Vas a empezar a reñirme? ¿No te da pena regañarme porque me haya tomado la libertad de satisfacerme un capricho? ¿No somos solos? ¿No ganas dinero? ¿Es un crimen tan grande comprarse unos tristes pendientes?

FEDE. Pero, ¿tan lejos de mí vives, Elena? Pero, ¿es que no te enteras de la tragedia nuestra, de esta tragedia de to-

dos los días, de todas las horas? ¿Qué vendaval horrible nos arrastra? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Adónde llegaremos mañana?

ELENA No puedes pagar esta factura, ¿verdad?

FEDE. ¿No lo sabes como yo? ¿No se han filtrado entre tus manos las últimas gotas de mi caudal? ¿No se han desvanecido las míseras migajas que mi pobre madre nos ha enviado desde Italia, malbaratando su propia fortuna? ¡Pobre madre! ¡Para que el noble Marqués de Torrebianca viviese en París con el esplendor debido a su alcurnia, la santa vieja vive como la última campesina del Piamonte, encerrada en un palacio vacío, de donde salió todo lo que podía venderse o pignorarse!

ELENA Me recriminas, ¿no es eso?

FEDE. No te recrimino, Elena. El cariño loco, el cariño supremo que te tengo me ilumina por dentro y me oculta la luz de la realidad. No veo más luz que tu luz... ¡Pero es horrible, Elena...! A cada hora llaman a la puerta presentando facturas que no se pagan, reclamando pagos que no se satisfacen. Tú, con tu seducción única, convences a unos y aplacas a otros... Tú dotas de una elasticidad milagrosa el dinero que Fonterroy me hace ganar autorizando sus proyectos con mi firma... Pero yo sé que no basta

lo que gano, que no son suficientes los sacrificios de mi madre...

ELENA Está bien. No te enfades. No te preocupes, mi cocó. Ya conseguiré yo de Stanley que me espere o que me conceda unos cuantos plazos. Y, en último término, devolveré mis perlas. ¡Qué le voy a hacer! Yo no tengo derecho a que me gusten las perlas.

FEDE. ¿Qué has hecho de las que yo te regalé, de las que mi madre te envió? ¿Adónde han ido a parar todas las joyas de los Torrebianca que deslumbraban a la aristocracia romana, en las noches del Quirinal? Unas, vendidas para comprar un automóvil. Otras, pignoradas y perdidas para pasar una temporada en Douville o para satisfacer la cuenta exorbitante de un modisto...

ELENA Soy una mujer ruinosa, ¿no es eso? Acabarás por renegar de mí.

FEDE. No, Elena, eso no. Lo que quiero es que pongamos a la marcha loca, al desatado vértigo que nos estrellará fatalmente. Pongamos punto final a esta vida precipitada e insostenible y vivamos una vida posible, modesta, tranquila.

ELENA Un piso quinto en el Barrio Latino, con taxis o autobuses a todo pasto, excursiones a Saint Cloud los domingos, para merendar sobre el césped, y los sábados dos delanteritas en la Opera Cómica...

FEDE. No te burles, Elena. Tengo miedo. Si yo fuese del temple de mi amigo

Robledo, aquel español compañero mío de estudios de la Universidad de Lieja, quizás me atreviese a arrostrar esta situación, a luchar con la mala crisis... Pero yo soy cobarde para estas luchas del dinero. El, aventurero como buen español, marchó a América, a la tierra de los conquistadores... Hace unos años me envió su retrato. Ya lo viste: General de un ejército, en Méjico. En su última carta, desde la República Argentina, nos dice que dejó el uniforme para pasar al Choco a dirigir empresas de ingeniería... Si él estuviera aquí, tal vez me sostuviera y alentase como en aquellos días lejanos y felices...

ELENA Es una lástima que tu amigo Robledo esté en la Argentina... Quizás a él se le ocurriera un medio para pagar esta factura a Stanley. Porque a ti no se te ocurre más que regañar a esta pobrecita mujer que no ha cometido otro delito que querer vivir como ha vivido siempre. Porque no me conociste en una buhardilla de Montmartre, ni en un restaurant de siete francos... Mi primer marido era un alto dignatario de la corte del Zar. Después de dos meses de matrimonio me encontraste viuda ya en uno de los más aristocráticos salones de Londres... No sé qué me echas en cara.

FEDE. No hables así, Elena. No me hables con enojo.

ELENA — Los hombres tienen el deber de traer mucho dinero a su casa. ¿Cómo voy a pagar mis deudas, si tú no me ayudas?

FEDE. — ¡Te he dado tanto dinero!, ¡tanto...! Pero todo el que cae en tus manos se desvanece como el humo.

ELENA — No pretenderás que una dama chic, y que, según dicen, no es fea del todo, viva de un modo mediocre. Cuando se goza el orgullo de ser el marido de una mujer como yo, hay que saber ganar el dinero a millones.

FEDE. — ¡Elena!

ELENA — *(Echándole los brazos al cuello.)* Ya se ha enfadado mi cocó. Ya ha creído algo ofensivo para su mujer... Oye. ¿Por qué no le escribes a la vieja?

FEDE. — *(Indignado.)* ¡Elena! Esa vieja es mi madre y debes hablar de ella con el respeto que se merece.

ELENA — *(Separándose de él violenta y ofendida.)* Eso me enseñará a no enamorarme más de pobretones. Ya buscaré yo ese dinero, ya que eres incapaz de proporcionármelo.

FEDE. — *(Cogiéndola de las muñecas.)* ¿Qué es eso, Elena? ¿Qué has dicho? ¿Qué has pensado?

ELENA — *(Con un mimo supremo.)* Me haces daño. ¿Ves? Ya has vuelto a enfadárseme. ¡Chiquillo grande! Pero si yo sólo te quiero a ti... ¡A ver! A sonreirse un poquito y a no ser mala persona. ¿De veras no puedes darme ese dinero? Pues no te preocupes. Ya

saldré yo de este apuro como he salido de tantos otros. Hasta ahora. Voy a convencer a este terrible cobrador. Cosa de un instante. Y en seguida a reunirme con las señoras, que las he dejado criticando mis trajes... Hasta luego, mi cocó... No te preocupes tú. *(Al hacer mutis y en una transición violenta.)* ¡Cobarde! ¡Cobarde!

FEDE. *(Ocultando el rostro entre las manos.)* ¡Cerremos los ojos para no ver el abismo! Pero, ¿y la voluntad para retroceder? ¿Dónde está mi voluntad...? *(Se pasa nerviosamente varias veces las manos por la cara; se levanta, da unos pasos por la habitación... Vuelve después a la mesa y revisa, distraído, el correo que está sobre una bandeja. Una carta le llama la atención, la abre y la lee ávidamente. Varias veces suspende la lectura conmovido... Después de enjugarse, rápido, unas lágrimas, sigue leyendo con voz entrecortada.)* «Hijito mío... Nada me queda, ni joyas, ni muebles, ni siquiera los tapices de tus antepasados... Sólo este caserón, frío y desamparado, abrumado de hipotecas, vencido como yo por los años y por el abandono... Nada me queda, hijo mío, más que mis nostalgias y tu recuerdo... Sin embargo, se me ha dicho que los viejos artesonados de los salones tienen algún valor. Si es así, estoy decidida a venderlos para mandarte un puñado

de liras.» *(Interrumpiéndose.)* ¡Oh! ¡No! ¡No! Esto no. *(Llorando.)* ¡Madrecita mía!

CRIADO *(Por el foro derecha.)* ¿Señor Marqués?

FEDE. *(Incorporándose vivamente.)* ¡Eh! ¿Quién?

CRIADO Un caballero desea ver al señor Marqués.

FEDE. No recibo, no quiero ver a nadie. Dígale que voy a salir inmediatamente, y no regresaré hasta muy avanzada la noche.

CRIADO Dice que el señor Marqués se alegrará mucho de verle.

FEDE. ¿Dónde está su tarjeta? ¿Cómo se llama ese hombre?

CRIADO No me ha dado tarjeta; no me ha dicho su nombre.

FEDE. Que se vaya, entonces. No quiero verle, no quiero hablar con nadie. *(El Criado se inclina en silencio y hace mutis. Tan pronto como ha desaparecido, Federico oprime el timbre. El* CRIADO *entra de nuevo.)* Que pase ese señor. *(Una pausa. En seguida entra* ROBLEDO. *Manuel Robledo es un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, recio, curtido por el sol y por la vida. Habla con acento argentino. Elegante, pero sumamente sencillo.)*

ROBLEDO *(Desde la puerta.)* ¿El señor Marqués de Torrebianca?

FEDE. Servidor de usted.

ROBLEDO ¡Lindo tipo no más! Parece como si la vida se hubiera parado delante de tu rancho.

FEDE. ¡Señor mío!

ROBLEDO Eres el mismo, viejo. Nervioso, impresionable, eternamente de la misma edad... Parece que ahora mismo no más, recién has salido de la clase de Cálculo... Parece no más, como si acabases de planear alguna chinada para distraer las vacaciones en Bruselas o en Amberes, con alguna atorrante.

FEDE. *(No queriendo dar crédito a sus ojos.)* Pero, ¿es posible...?

ROBLEDO ¡Sonso no más! Abrázame fuerte, viejo.

FEDE. ¡Robledo!

ROBLEDO ¡Aprieta, viejo, aprieta! ¿No creías tú toparte con este indio bravo?

FEDE. ¡Querido Robledo!

ROBLEDO Tu amigo Robledo, el que se cachitiaba por ti con toda la Universidad, el que se declaraba por ti a todas las señoritas de todos los almacenes del boulevard Anspah, al que suspendían por ti casi todos los cursos en casi todas las asignaturas...

FEDE. Mi mejor, mi único amigo...

ROBLEDO Amigo de corazón, sin zonzeras, sin macanas.

FEDE. ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo no avisaste? Tú tampoco has variado mucho. Siempre el mismo.

ROBLEDO Quería sorprenderte con mi visita. Para gozar de este momento he atravesado millares de leguas y de millas.

FEDE. Pero, ¿de dónde vienes? ¿Cuál es tu vida? Cuéntame... Háblame de todo. ¡Querido Robledo! Tenías razón

al advertirle al criado que me iba a alegrar tu visita. Quizá es la única que podría alegrarme.

ROBLEDO ¿Qué es eso, viejo? ¿Tenemos tristuras? ¿No eres feliz en medio de este lujo de rey? Escaleras de mármol, alfombras persas, criados de casaca, muebles principescos... ¡Cosa bárbara, ché!

FEDE. Háblame de ti. ¿De dónde vienes?

ROBLEDO De Patagonia no más. Llevaba tres años en un pago desierto, luchando como un lión para encauzar uno de aquellos ríos traidores... De repente me asaltó el recuerdo de los cubiertos de doce francos que comíamos en aquel inolvidable restaurant frontero al Museo Cluny. ¡Qué ricura, ché! Aquellos consomés con pedacitos de cosas blancas que yo juraba, y con razón, que eran recortes de la camiseta del «maître d'hôtel». Aquellos hermosísimos caracoles —¡inolvidables escargots!—, rociados con un chablis alegre y comunicativo. Aquellos suntuosos bistés de elefante, que partíamos a martillazos... Aquella adorable señorita Berta que nos servía, a la que tú hacías versos y yo cardenales... ¡Qué voy a contarte, viejo! Solté un talerazo al negocio, tomé el tren en Fuerte Sarmiento, embarqué en Buenos Aires y aquí me tenés.

FEDE. Pero eso es una locura. Por satisfacer un capricho insignificante, malbaratar la hacienda.

ROBLEDO Un chiquito de calma, m'hijo, que acá no hemos malbaratado nada. En cuanto me sature de aires de Europa y le eche un vistazo a mi España, me vuelvo para Río Negro. Aquello puede ser la fortuna, esa fortuna que he tenido entre mis garras de saltiador varias veces, y que se me ha escapado siempre, después de acariciarme unas horas. Una mala mujer como tantas, viejo.

FEDE. ¿Y de amores, Robledo? ¿Te casaste?

ROBLEDO No me ofendas, Federico. ¡Casarse Robledo! Las mujeres las tomo como los pedacitos de cosas blancas de los consomés del restaurant. No me saben mal y me las tomo sin preguntar lo que son, ni de dónde vienen... ¿Y tú, viejo? ¿Eres feliz? ¿Te llevas bien con tu mujer? ¿Sigues tan enamorado como decías en tus últimas cartas?

FEDE. Más enamorado cada día.

ROBLEDO ¡Brava cosa! Y tu mujer, ¿está también enamorada de ti?

FEDE. ¡Hombre!

ROBLEDO No te extrañe que, a lo mejor, te salga con alguna pavada. Juzga no más que vivo en «La Presa», a un sinfín de leguas de los hombres y de las ciudades. Piensa no más que apenas trato otros seres que manigeros y capataces.

FEDE. Elena te encantará, como encanta a todos. ¡Es tan bella, tan elegante, tan exquisita! ¡Tiene tanto espíritu!

ROBLEDO ¿Y plata? ¿Tiene plata?

FEDE. ¡Robledo!

ROBLEDO ¿Qué sucede, mi amigo? ¿Es que acá no se puede tener plata y espíritu al mismo tiempo? En Patagonia, sí.

FEDE. Elena es una mujer aristocrática. Su primer esposo fué ayudante del Zar.

ROBLEDO ¡Ah! ¿Era viuda?

FEDE. ¿No te lo había dicho?

ROBLEDO Ni palabra. No sabía ni que fuese viuda, ni que fuese rusa. Ni era necesario, naturalmente. No se casa uno a gusto de los amigos... aunque muchas veces se demuestre que sí, después. Deben haberse perdido muchas de las cartas que me has escrito. Ten en cuenta que hasta estos últimos años he ido siempre de acá para allá, sin echar raíces en ninguna parte... Pero cuéntame, pibe, cuéntame. Debe costarte terriblemente cara esta vida.

FEDE. Tú que vives un poco como el hombre primitivo no puedes calcularlo. He tenido que trabajar mucho para no irme a fondo. Mi pobre madre me ayuda con lo que puede extraer de las ruinas de nuestra familia. Pero, en realidad, no puedo quejarme. Cuento con un apoyo poderoso: el banquero Fonterroy. Habrás oído hablar de él, seguramente. Tiene negocios en las cinco partes del mundo. Es un antiguo amigo de la familia de mi mujer. Gracias a él dirijo importantes explotaciones en países lejanos, lo que me proporciona un sueldo res-

petable, que en otros tiempos me hubiera parecido una riqueza.

ROBLEDO ¡Explotaciones en países lejanos! ¿Y las diriges tú sin moverte de París?

FEDE. Son negocios en Asia y en Africa; minas de oro, de otros metales, un ferrocarril en el Sudán egipcio... Una compañía de navegación para explotar los enormes arrozales del Tonkin. En realidad, yo no he estudiado esas explotaciones directamente... Me faltó siempre tiempo para hacer el viaje. Además, te confieso que me es imposible vivir lejos de mi mujer. Pero Fonterroy las ha visitado todas y yo tengo en él una confianza absoluta. Pero no hablemos de negocios, Robledo. Estoy deseando presentarte a Elena. Te quiere sin conocerte. Pero, y a todo esto, ¿dónde te has alojado? Es preciso que te trasladen el equipaje a casa.

ROBLEDO No me digas. Yo no me muevo del Maurice Hotel ni con una tropilla de pesteños. En mis tiempos de estudiante, soñaba con poder alojarme algún día en aquellas habitaciones deslumbradoras, entrevistas al pasar a pie, del brazo de una griseta de tacones torcidos... No, pibe, no. Comeremos juntos, iremos juntos a todas partes, pero respétame mi independencia de solterón salvaje... Pero, oye... ¡viene gente...! ¡Qué bulla es ésta! Yo me escapo no más.

FEDE. Elena y sus invitados a tomar el té.

ROBLEDO ¡Moda bárbara, ché! Yo te dejo corriendito, viejo.

FEDE. Estaría gracioso. ¿Te asusta la gente al cabo de los años, Robledo?

ROBLEDO A mí la gente, no; pero yo a la gente sí. Ya te darás cuenta.

(Entran ELENA *y todos los invitados de la primera escena.)*

MARQ.ª Maravilloso; el de tisú de oro es maravilloso.

CARLOTA Y atrevidísimo.

COND.ª Menos mal qúe la firma cubre el escote.

TITON. Es lo único que lo cubre.

FEDE. ¿Elena? ¿Elena...? Una grata, una felicísima sorpresa. Te presento a Manuel Robledo.

ROBLEDO ¡Señora!

ELENA ¡Cómo! ¡Usted Manuel Robledo!

COND.ª ¡Es posible! El General mejicano. ¡El libertador de Tegucigalpa!

MARQ.ª ¡El buscador de oro!

CARLOTA ¡El colonizador de Río Negro!

ROBLEDO *(Asombrado.)* ¡Señoras, por Dios!

ELENA Pero, ¿cuándo ha venido? ¡Pero si no puede ser!

ROBLEDO Señora... Estoy verdaderamente confundido. Yo me creía absolutamente inédito y veo que gracias a la amistad de Torrebianca conocen ustedes mis aventuras mejor que yo mismo.

COND.ª Muchísimo mejor. Le hemos seguido a usted paso a paso por las llanuras mejicanas; le hemos visto a usted degollando insurrectos, incendiando poblados...

MARQ.ª El terrible General Robledo ha exci-

tado un poco nuestra imaginación de mujeres pasivas y románticas.

ROBLEDO Ya lo veo. Me han forjado ustedes una leyenda que no me atrevo a rectificar por miedo a desmerecer ante unos ojos tan lindos.

COND.ª ¿Y qué me dice usted de sus hazañas en la Patagonia?

ROBLEDO ¡Cosa bárbara! *(Volviéndose a Federico.)* ¡Qué ricura, ché! Pero, ¿qué les has contado a estas señoras...?

FEDE. Ya te diré. Pero déjame que te presente al señor Fonterroy, el primero de los banqueros de París, gran colonizador también, como tú...

FONT. *(Estrechando la mano de Robledo.)* Había oído hablar mucho de usted en esta casa. Me alegraría, sinceramente, poder ser útil a usted en algo.

ROBLEDO Muy agradecido, señor.

FONT. Federico y Elena me han contado muchas cosas de usted. Es usted un luchador formidable. Todos los luchadores tienen mi simpatía, lo mismo los que triunfan que los que sucumben destrozados. Ya sé que usted es de los primeros.

ROBLEDO No se está nunca seguro del triunfo, señor. Cuanto más dominado se le tiene, se escapa, se evapora, dejándote el alma transida y las plantas llenas de llagas. Se necesita corazón de león para volver a caminar otra vez..., y, sin embargo, se camina no más.

FONT. *(Suspirando espontánea e irremediablemente.)* ¡Se camina, es verdad!

ELENA Bueno, mi querido señor aventurero. Necesito saber ahora mismo dónde tiene su impedimenta para trasladarla a esta casa, que es la suya.

ROBLEDO Mi impedimenta se reduce a un maletín con unos talonarios de cheques. Traía un baúl con alguna ropa, pero se lo regalé al chino que me servía a bordo, al desembarcar en el Havre... Aquí, en París, me proveeré de todo. Soñaba con comprar muchas cosas en estos almacenes de París; con meterme en el Metro, cargado de paquetes, a la hora de las grandes apreturas... Dirección Champerrette. Dirección Orleáns. Dirección Clignancourt, y correr, sin necesidad y sin prisa, por las galerías subterráneas, empujado por todo el mundo. Nuestro París de las vacaciones, viejo; aquel París del boulevard San Miguel, de la terraza de la Source, de las sillas desvencijadas del jardín de Luxemburgo. Pero observo que se ríen ustedes de mí.

ELENA ¡Por Dios...! Nos parece natural que sienta usted la nostalgia, la añoranza, que dicen ustedes en España, ¿no es así?, de aquellos días un poco lejanos... Pero el estudiante de ayer no es el indio millonario de hoy...

ROBLEDO Acepto lo de indio, pero lo de millonario es excesivo. No poseo más que un puñado de plata que me propongo gastar entre ustedes alegremente. Cuando regrese a mi estancia empezaré a reunir de nuevo para hacer otra escapatoria. A menos que

no me obstine en hacerme millonario aunque sólo sea para no desilusionar a las gentes que se empeñan en que todo el que se va a América tiene que ganar a la fuerza una gran fortuna para dejársela en herencia a sus sobrinos de Europa.

ELENA Pero usted vivirá con nosotros. Se lo exigimos a usted.

COND.ª Se lo exigimos, sí, señor.

TITON. *(Aparte.)* Le coloca un canto.

COND.ª Necesitamos pasearle a usted en triunfo por nuestros salones. Usted me relatará minuciosamente su odisea y yo la cantaré en varios cantos.

TITON. Ya le ha descalabrado.

ROBLEDO Señora... no sé cómo agradecerles esta acogida.

COND.ª Mañana por la noche le esperamos en casa. Mi esposo, el Conde Titonius, tendrá un verdadero placer en ser su amigo.

TITON. *(Saludando.)* Un verdadero placer... Pero, conste que la que canta es mi señora...

COND.ª Y ahora, adiós, mi General.

ROBLEDO ¡Señora!

COND.ª Nos íbamos ya... Hasta mañana, en casa, ¿no es así?

ROBLEDO ¡Cómo no!

COND.ª Adiós, entonces. Adiós, Torrebianca. Adiós, Fonterroy.

FONT. Yo me voy con ustedes... Señor Robledo... Tengo una sincerísima satisfacción en conocerlo. Cuente con toda mi simpatía y todo mi afecto. Si algún día pudiera servirle...

ROBLEDO No le digo lo mismo porque parecería osadía ofrecer algo a quien lo tiene todo.

FONT. No se está nunca seguro del triunfo. Usted mismo lo decía antes. ¡Federico! ¡Elena!

ELENA *(Cogiéndose de su brazo.)* Voy con ustedes...

ROBLEDO *(Inclinándose.)* ¡Señoras!

COND.ª Es encantador. Le estoy viendo en Tegucigalpa. Le escribirá usted un poema, Ronflart.

RONFL. Sí; pero cualquiera encuentra un consonante en alpa.

COND.ª ¡Por Dios, Ronflart! ¡Parece mentira! *(Recitando mientras hace mutis.)*
¡Héroe de Tegucigalpa
a quien la gloria le palpa...!

TITON. Este pobre señor se vuelve a Río Negro mañana por la noche.

ELENA *(En voz baja.)* Es preciso, Jorge, lo necesito antes de mañana.

FONT. No puedo, Elena, no puedo más.

ELENA Es preciso. Yo no sé, no puedo vivir con estos ahogos, con estas miserias... *(Han hecho mutis.)*

FEDE. Háblame, Robledo... ¿Qué te ha parecido?

ROBLEDO ¿Quién?

FEDE. Ella... Elena.

ROBLEDO Muy interesante, ché. Una lindura. Te felicito no más. Y ese pobre diablo de banquero es también muy interesante.

FEDE. ¡Pobre diablo! Si tuviese yo su fortuna...

ROBLEDO Me ha mirado un instante a los ojos,

como mira el náufrago que se ahoga. Aprensión mía, seguramente.

FEDE. Fonterroy es la primera fortuna de Francia.

ROBLEDO Cuando tú lo dices... Pero he visto tantas veces ese mirar angustioso allá, en las Pampas, en hombres agarrotados por la mala suerte... En fin, viejo, me voy a cenar a las Ecoles Reunies, a mi restaurant económico del boulevard Saint Germain... Si vive aún la señorita Berta, la prometo la propina más espléndida que la han dado en la vida.

FEDE. No, tú no te vas. Tú no te separas de nosotros mientras estés en París.

ROBLEDO Déjate de macanas, ché. Déjame correr no más la gran farra como en los tiempos mozos. No me enriedes con esas zonzeras del hogar... Vente tú conmigo, viejo. Vamos a echar una cana al aire. Si quieres nos pasamos por el Napolitano e invitamos a dos gurisas...

FEDE. *(Escandalizado.)* ¡Qué dices, Robledo! ¡Estás loco!

ROBLEDO ¡Cosa bárbara, ché! No sabía que le eras fiel a tu mujer. Perdona, amigazo. Y hasta otra vista no más. Me llevaré yo a las dos gurisas, no te incomodes.

FEDE. *(A Elena, que entra.)* ¡Se va! ¡Quiere dejarnos!

ELENA ¡Irse Robledo! Robledo no me conoce a mí. Ya está usted sentándose. Y abrazándome, porque todavía no me

ha abrazado usted a mí. Dile que me abrace, Federico.

FEDE. ¡No es acaso mi hermano! ¡Qué miedo tenía a que no congeniarais, a que no os gustaseis!

ELENA Pues nos gustamos mucho. ¿No es cierto, Robledo? Por lo menos usted a mí me gusta mucho. Así hubiera querido yo que fuese mi marido: activo, valiente, emprendedor... Que hubiera ido como usted a buscar el oro al último rincón del mundo, para venir tres meses todos los años a gastárselo con su mujercita en París... Porque lo único que no me explico de usted, es que no tenga usted una mujer que justifique todas esas luchas y todos esos afanes... Claro que, a lo mejor, esa mujer afortunada existe, en contra de lo que cree Federico...

ROBLEDO No existe, señora.

ELENA Aquí la encontrará usted. Yo la buscaré. Yo le casaré a usted.

FEDE. ¡Por Dios, Elena!

ELENA Y entretanto come usted con nosotros. Y desde esta misma noche se instala usted aquí. No me contradiga usted. Yo he nacido para hacer siempre mi voluntad. Y mañana saldrá usted conmigo, para que yo le acompañe a los almacenes, y a las joyerías, y a los sastres, y a los zapateros. Tiene usted que vestir a mi gusto. Soy un rey absoluto. Ha entrado usted en mi reino y tengo derecho de vida y muerte sobre usted... ¿Usted no sabía que su hermanita Elena,

era más mala que todos los insurrectos mejicanos? Pues ya lo irá usted aprendiendo... Y ahora vamos al comedor, señor salvaje... Y después de cenar, a la Opera Cómica, o al Odeón, y después del teatro, al Excelsior, el cabaret de moda, a que me enseñe usted a bailar el tango argentino, que será usted un «as».

ROBLEDO ¡Yo!

ELENA Usted. Y sin protestar. Muy obediente y muy calladito. Al comedor. *(Sube hasta el foro.)*

FEDE. ¿No es cierto que es encantadora?

ROBLEDO ¿Eres tú muy dichoso, Federico?

FEDE. Mucho. ¿No lo ves?

ROBLEDO ¿Sinceramente?

FEDE. Sinceramente.

ROBLEDO Pues entonces... vamos al comedor. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de un cabaret de lujo, de París. Palcos independientes a ambos lados. Al foro, tribuna de la orquesta. En los primeros términos de ambos laterales, palcos más amplios, abiertos al público.

(Al levantarse el telón, todos los palcos, con excepción del primero derecha, están ocupados. En el primero izquierda DACAPO *y* RONFLART *beben acompañados de dos cocottes, estrepitosamente peinadas y vestidas. La orquesta toca un tango argentino que en el centro del salón bailan con toda la prestancia de un verdadero magisterio,* MIMÍ DERVY *y* LUDOVICO PAGLIANO, *dos ases de este difícil y trascendental arte. Cuando la danza acaba, Mimí y Ludovico son efusivamente aplaudidos. Se instalan en uno de los palcos de la izquierda, donde se los rifan y donde beben, alborotan y se besan como si se tratase de cualquiera otra carta de la baraja.)*

CORAL. *(En el palco de los artistas.)* ¡Divino Ludovico! ¡Eres digno de llamarte César! Bébete este «cab» a mi salud...

GAST. Y tú, suprema bordadora, que trenzas los bailes como Onfalia su rueca, ven a beber este champagne de fuego... que está helado, y a fumarte este «maryland» que se va a consumir de gusto en tus labios. ¡Quién fuera él!

MIMÍ A la salud de Onfalia... que no sé quién es. Brinda, Pagliano. *(Cruzan los brazos y bebe el uno en la copa del otro.)*

RONFL. Una botella de pippermint, dos botellas de curaçao.

DACAPO ¡Por Dios, Ronflart! Estás borracho como un cargador. Modérate.

RONFL. Una tinaja de cointreau. Una anaquelería de botellas de dubonet. Veinticinco vagones de chartreuse verde y un tren de mercancías de Mary Brizard... ¡Dacapo, eres un imbécil!

CHARL. *(Una de de las damas que acompañan a nuestros amigos.)* No bebas más.

CEREZA *(La otra dama en cuestión.)* ¡Vamos, Ronflart! No vale la pena de tener tanto talento para embriagarse como una cotorra. Hay que convenir en que es bastante aburrido venir con vosotros al cabaret.

RONFL. Mira, Cereza, lindísima Cereza. Todos tenemos nuestras debilidades. Yo, la de emborracharme; tú, la de comer con los dedos; Charlotte, la novia de

Dacapo, la de que le guste yo más que su novio...

CHARL. No le hagas caso.

RONFL. Y Dacapo tiene la debilidad... tiene la debilidad crónica, porque no come más que quince días al mes... ¡A ver! Que me llenen este sombrero de benedictino... Quiero abrevar como cualquier pollino de la Academia. A ver, Dacapo. ¿A que no conjugas el indicativo del *verbio*, del *virbio*, del verbo abrevar...? ¿Ves como estás borracho...? Yo *abrivio*, tú *abrevias*, él... él... ¡Qué borrachos estáis...! ¡Y qué talento tengo...! Ronflart, ¡eres el único! Primero, tú, y luego el diluvio... y luego Noé... Yo y Noé, que también bebía benedictino. Y nadie más. Bueno, si acaso, Homero. Pero por este orden: Ronflart, Noé, Homero... No, no. Ronflart, Homero, Noé... No, no. Yo y Noé y se acabó. ¡A ver! Un «cab» para Noé... Y que pase, aunque no venga de smoking... ¡Tengo un talento bárbaro...! Mira... O si no que se vaya Noé. ¡Yo y el Cosmos!

CEREZA Dejémosle. Acabará por dormirse, como todas las noches.

RONFL. ¡Que baile Mimí Dervy con Ludovico Pagliano! Eso es clásico, helénico, pírrico. ¡Cómo se incrustan los muy «ases»...! Hay noches que es preciso tirar de ellos para desencajarlos... Y luego conservan la abolladura durante horas enteras. ¡Que baile Mimí Dervy, o que vaya al in-

fierno! Dame un beso, Charlotte. ¡O si no, dáselo a este murguista analfabeto. A mí me da lo mismo. «Llueve en mi corazón, como llueve en París.» ¡Qué grande eres, Verlaine...! Oyeme, Cereza: tengo unas grandes ganas de llorar. No es el alcohol. ¡Pobre alcohol! Lo que nos emborracha, son estos sueños locos, estas burbujas de oro que nos bullen en los sesos, estas ansias estúpidas de llegar, de crear, de fulgir... ¡Oye, Dacapo! ¿Estás afeitado? Yo te veo con barba, con una barba con tirabuzones, como la de Herodoto. Herodoto, Cereza, era el padre de la Historia, y la Historia era, es y será una insigne compañera tuya. Que me traigan la cuenta. O si no, que me traigan un caneco de ginebra holandesa...

(Por el foro llegan, acomodándose en uno de los palcos de la derecha, la CONDESA TITONIUS, *la* MARQUESITA DE RIENZI *y dos o tres de sus admiradores del primer acto, seguidos de* ROBLEDO *y el* CONDE TITONIUS *y tal cual pollo «bien», sin importancia.)*

COND.ª No ha debido venir Elena todavía.

MARQ.ª No vendrá esta noche, probablemente.

ROBLEDO Quedamos citados aquí para después del teatro. Hay que rendir culto a la moda, ché. Acostarse hoy en París sin apurar un vaso de «cab» en este dorado cenáculo, no se concibe. Llame usted al chino, amigazo, y que

nos sirvan los aperitivos. A usted amer-picón, como siempre. A mí una tortilla al ron. ¿Y usted, Condesa?

COND.ª Lo que mi heroico General disponga.

ROBLEDO Mire, Condesa, déjese de macanas y no me diga General, que me atora. Ya se me cuadran hasta los gendarmes, y los botones del hotel me miran como si fuese Alejandro de Macedonia. ¡Claro! Me mandó usted sus obras el otro día, y no me puso usted más que esta inscripción en el paquete: «Al glorioso Generalísimo Manuel Robledo, vencedor heroico de Chapultepú»... Y a todas horas me hace la merced de preguntar por teléfono si ha descansado el Generalísimo, o dónde va a pasar la noche el Generalísimo, o cómo le ha sentado el baño al Generalísimo... ¡Demasiado Generalísimo, ché...!

COND.ª Inconvenientes de ser caudillo, admirable Robledo.

ROBLEDO Déjese de admiraciones y pida un aperitivo... Y usted, Marquesa. Y aquí, la pollada... que pidan, que pidan no más. *(Al* CAMARERO *que se ha acercado.)* Apunte, chino. ¿No vino por acá el Marqués de Torrebianca?

CAMAR. Vino hace una hora a preguntar por Su Excelencia, mi General.

ROBLEDO ¡También el chino...! Desde mañana me dejo perilla no más. ¿Dijo si volvería?

CAMAR. Encargó mucho que Su Excelencia le esperase, fuera la hora que fuera.

ROBLEDO Está bien, viejo. Le esperará mi Excelencia. Andáte con Dios, chino.

TITON. Una curiosidad, señor Robledo. ¿Por qué le llama usted chino a este pobre muchacho? Es de Figueira da Foz.

ROBLEDO La costumbre, amigazo. Por la misma razón que su señora me llama a mí Generalísimo... Pero, dígame no más, aquel sujeto que está en aquel palco, ¿no es ese poeta que le dispara cantos a su mujer de usted?

TITON. Sí, señor. Pero lo peor es que la dispara a ella y nos da a los demás.

ROBLEDO Lindo tipo. Ayer me sostenía no más, que Víctor Hugo era un sombrerero de la calle de la Paz.

TITON. Es delicioso, sobre todo cuando no escribe.

ROBLEDO Me gustaría poder hacer algo por él. Me encanta su independencia, su salvajismo. Es un animal que me hace gracia.

TITON. ¿Por qué no se lo lleva usted a Patagonia?

ROBLEDO Allí no hacen falta poetas que hagan gracia, sino brazos fuertes que hagan pueblos... Pero, venga para acá abajo, que quiero hacerle unas preguntas sin que nadie nos oiga. Usted es la única persona que me inspira confianza. *(A los demás, bajando después con Titonius al primer término.)* Con permiso, un instante no más. ¿Usted no ha advertido algo muy raro en estos últimos días, en casa de Torrebianca?

TITON. ¿Muy raro? No. He notado lo de siempre, lo de todos los días. El equilibrio inestable en que vive esa casa desde hace mucho tiempo, desde siempre tal vez.

ROBLEDO ¿Desde siempre?

TITON. Usted también me inspira confianza. Usted no hace versos... Me llevaría un desengaño mortal si me saliese usted alguna vez con un soneto.

ROBLEDO Duerma tranquilo, amigazo. Este pájaro, ruiseñor o estornino, cantó ya cuanto tenía que cantar.

TITON. Entonces, ¿es verdad esa leyenda de un amor de su mocedad, que terminó en traición o en tragedia, o en lo que terminase, y que le dejó a usted el alma transida para siempre?

ROBLEDO *(Tras de vacilar un instante, conmovido.)* Hablemos de Federico y Elena, amigo Titonius. De Federico, de Elena y de Fonterroy.

TITON. ¿También usted ha advertido...?

ROBLEDO Se necesita ser Federico para no advertirlo. Esa fé ciega, inconmovible, en esa mujer... ¡Esa fé envidiable!

TITON. Terrible mujer. La mía es apocalíptica, pero la prefiero.

ROBLEDO Mujer dominadora, de irresistibles seducciones, de encanto soberano... Sirena fatal y divina, que atrae y fascina y devora... El banquero Fonterroy salió anoche de la reunión de su casa de usted, tambaleándose como un borracho o como un enfermo.

TITON. Es las dos cosas... Anoche me hablaba de suscribir un nuevo empréstito...

Minutos antes, al cruzar una de las salas, vi a esa mujer, ávida y felina, insistir en no sé qué fantástica entrega de dinero. Y entretanto, el pobre Marqués, firmando proyectos que no conoce, respondiendo con su firma y con su carrera, de unas especulaciones escandalosas...

ROBLEDO Es necesario salvar a Federico, separarle de esa mujer...

TITON. Usted no conoce a Torrebianca. Está sugestionado por la bella Elena y nada ni nadie, ni aun la muerte, le separará de ella.

ROBLEDO ¿Usted cree?

TITON. Es mi caso. Mi mujer es un paquidermo. Sus versos son para mí un suplicio; pero estoy sujeto a ella como Prometeo al madero del Cáucaso. A Prometeo le devoraban los buitres las entrañas. A mí me retuercen las tripas sus endecasílabos, ¡pero la quiero, a pesar de todo!

ROBLEDO Pero si Federico llegara a enterarse... Federico no es hombre capaz de vivir en la indignidad. ¡Pobre viejo! ¡Tan noble! ¡Tan infantil!

TITON. ¡Pobre Fonterroy, también! ¡Ay de las vidas en que florece una de esas adelfas radiantes y venenosas!

(En este momento, la orquesta toca un número. Este couplet puede ser cantado por cualquier artista que tenga buena voz, sea del sexo que sea. Si el couplet gusta, puede cantar varios. Nosotros no nos oponemos. Al terminar el número, y una vez retira-

do el cantante, el CAMARERO *se acerca presuroso y alterado a Robledo.)*

CAMAR. ¿Exceelencia? ¿Excelencia?

ROBLEDO ¿Qué te ocurre, chino?

CAMAR. Una desgracia, mi General. Acaba de pasar un extraordinario del «Excelsior»... Lo he comprado por curiosidad, y... ¡es horrible, Excelencia...!

ROBLEDO ¡Pero qué habla este changador! Traiga acá el periódico.

CAMAR. Como la víctima era amigo de los señores...

ROBLEDO *(Aterrado.)* ¡Eh...! ¡Qué dice este periódico...! ¡Qué desgracia es esa de que habla este gringo del diablo!

TITON. *(Que está recorriendo el diario al mismo tiempo que Robledo, señalando una de las páginas.)* ¡Aquí!

ROBLEDO «Suicidio del banquero Fonterroy...» ¡Qué horror! «Una quiebra fraudulenta. Centenares de familias en la miseria.»

TITON. *(Que continúa leyendo.)* «Un aristocrático ingeniero italiano complicado en la quiebra.»

ROBLEDO Pero esto es la catástrofe.

TITON. El Cáucaso del pobre Torrebianca.

ROBLEDO Es preciso volar en su busca. *(Al Camarero.)* Ni una palabra a las señoras. Sígame, Titonius... *(A las señoras.)* Vamos un instante al teléfono... Sígame no más.

(En este instante aparece TORREBIANCA *por el foro, sereno y tranquilo, como si viviese en el mejor de los mundos panglosianos.)*

FEDE. Buenas noches a todos.

MARQ.ª ¿Y Elena?

FEDE. Viene en seguida. Tuvo que hacer una visita urgente.

COND.ª ¿A estas horas?

FEDE. Era preciso. Se fué en el coche. Yo vine a pie desde la Plaza de San Miguel, por la calle Montmartre. Estuve antes a preguntar por ti, Robledo.

ROBLEDO Pero, ¿estás enterado...?

FEDE. *(Tranquilo siempre.)* ¡Horrible! ¡Horrible!

COND.ª Pero, ¿qué sucede?

MARQ.ª ¿Sucede algo?

TITON. Una desgracia.

TODOS ¿Una desgracia...? ¡Qué horror!

ROBLEDO El pobre Fonterroy se ha pegado un tiro.

MARQ.ª ¡No me diga!

COND.ª ¡Qué espanto!

FEDE. ¡Horrible...! Cuando nos llevaron la noticia, sentí un mazazo en los sesos, como si una de las balas de Fonterroy me hubiese atravesado la cabeza también a mí.

COND.ª ¿Y Elena?

FEDE. ¡Pobre Elena! Cerró los ojos, se sujetó a un mueble para no caer, y algo pasó vibrando a través de su rostro blanco como un mármol... Cuando abrió los ojos, sonreía animosa, más fuerte que el dolor y que el destino...

COND.ª Pero esto parece un sueño trágico...

MARQ.ª Hay que ir a casa de ese desventurado.

FEDE. Le sacaron de allá hace una hora... Sólo queda en la casa una turba de

escribanos y policías, registrando paquetes y saqueando muebles.

MARQ.ª Sin embargo... Unas flores... Era amigo de todos... Su tragedia parecería más desamparada si no fuéramos a acompañarle unos minutos en esta noche cruel...

ROBLEDO Bravo, m'hijita. Ha compuesto usted, en cuatro palabras, la más famosa poesía que he oído desde que llegué a Francia. Vayan no más, vayan a ver al camarada que ha caído... Y aprendan no más a tirar de la riendita a la vida, los que no saben, o no pueden galopiarla... El Conde les acompañará, ¿no es eso, viejito?

TITON. Vamos allá... ¡Qué contraste, los escotes, las pecheras del frac, en aquel lugar de dolor!

ROBLEDO No hay tal contraste, viejito... Las pecheras y los escotes, también son dolor... Vayan no más. Luego iremos nosotros, ¿verdad, Federico?

FEDE. Yo he de esperar a Elena...

ROBLEDO Pero, ¿va a venir al cabaret esta noche?

FEDE. Yo no quería. Ella se obstinó. Desde el teatro se fué a ver al Procurador de la República. Dice que es un viejo amigo de su casa. Después vendrá acá.

ROBLEDO Está bien. Vayan ustedes. Nosotros nos quedamos esperando a Elena.

COND.ª Pero esa desgracia le afectará a usted directamente, Federico... Esas explotaciones de Africa...

ROBLEDO Vayan, vayan no más. Yo cuidaré de todo... Llévense mi auto...

MARQ.ª Hasta luego, pues.

COND.ª No te separes de mí en toda la noche... Tengo miedo... ¡Esa pobre Elena...! Se acabaron ya los trenes fastuosos, las joyas deslumbrantes...

TITON. Calla, mujer... Espera siquiera veinticuatro horas... Deja descansar en paz al pobre Fonterroy.

COND.ª Mañana le dedicaré una elegía.

TITON. No le deja descansar en paz.

COND.ª Adiós, Generalísimo. Dame el brazo, Titonius...

TITON. Toma el brazo. Pero desde mañana no escribes más versos. Voy a tirarte de la riendita, como dice Robledo. Se acabaron las reuniones de poetas hambrientos; se acabaron los cantos y los poemas... y los epitalamios... Riendita, y nada más que riendita. *(Han hecho mutis. Suena la música, algunas parejas desaparecen bailando. En primer término quedan Robledo y Federico. Este ha caído en una silla, escondiendo la cabeza entre las manos. Robledo le mira en silencio con lástima. Hay una pausa.)*

ROBLEDO ¿Has leído lo que dice el periódico?

FEDE. Sí.

ROBLEDO ¿Sabes que estás terriblemente comprometido, viejo? *(Federico contesta con un encogimiento de hombros.)* ¿Qué piensas hacer?

FEDE. No sé. En último caso...

ROBLEDO No digas zonzeras... La cabeza la ha puesto Dios sobre los hombros para

algo más que para atusarse las crenchas y hacer guiños a las guarangas.

FEDE. ¡Si vieras cómo han asaltado mi casa los acreedores en cuanto ha corrido la noticia...! Amenazaban, proferían injurias soeces... Los hubiera barrido a latigazos.

ROBLEDO Conozco a esa runfla de buitres, contenidos a distancia mientras la víctima aletea; feroces y rapaces cuando la ven tendida y desamparada.

FEDE. Sólo Elena pudo hacerles entrar en razón, arrojándoles a la cara un puñado de billetes. Estaba magnífica, Robledo, en aquel instante.

ROBLEDO Pero, ¿hasta este extremo estás sugestionado, Federico?

FEDE. ¿Qué quieres decir?

ROBLEDO Pero, ¿es que no te has dado cuenta todavía del abismo que tienes abierto a tus pies?

FEDE. ¿Qué dices?

ROBLEDO Del abismo a que te ha empujado, como una vendavalada maldita, tu magnífica Elena.

FEDE. ¡Robledo...!

ROBLEDO Déjame, viejo; déjame que estalle... Tengo el deber de hablarte claro, no más. Has vivido barranco abajo, y al final te aguarda el presidio.

FEDE. ¡El presidio! ¡A mí!

ROBLEDO ¿No lo sabes? ¿No lo ves? ¿Qué clase de inconsciencia es la tuya...? Y si fueras vos solo... Pero no sos vos, es la pobre viejita que tenés abandonada en un rincón d'Italia. Re-

capacite, cristiano manso, recapacite no más.

FEDE. ¿Qué piensas de Elena, Robledo?

ROBLEDO Dejemos a Elena y no te me empaques, ché. Abre los ojos a la realidad. Estás perdido, viejito. El pobre Fonterroy, Dios le tenga bien sujetito, era un solemne estafador.

FEDE. ¿Qué dices, Robledo? ¿Estás loco?

ROBLEDO ¡Amalaya estuviera loco, viejito! ¡Amalaya todo esto fuera un mal sueño y me despertara mañana en mi cachimba de Fuerte Sarmiento...! Todas esas explotaciones de Africa eran unas mentiras, todos esos ferrocarriles, cuyo trazado autorizaste tú, pura fantasía no más... todas esas minas, todos esos negocios, una punta de macanas que no tiene fin. Esta misma noche, al llegar a tu casa, encontrarás un rico tipo de policía muy *abombao* y muy paquete, que te conducirá en tu propio auto a la Prefectura...

FEDE. Eso no. Elena ha ido a ver al Procurador...

ROBLEDO ¡Siempre Elena, ché! Pero no comprendes, malpocado, que es a ella, a ella sola...

FEDE. *(Con un gesto de suprema súplica en las palabras, en los ojos, en los ademanes.)* ¡Qué vas a decirme de Elena, Robledo!

ROBLEDO *(Haciendo una pausa, durante la cual le mira con infinita lástima.)* ¡Pobre Federico...! ¡Eres tú aquel espíritu animoso que triscaba con la mu-

chachada en los años de la Universidad... ¡ Pucha, camarada ! Levanta el corazón y vámonos, no más.

FEDE. ¿Adónde?

ROBLEDO ¿Dónde ha de ser, ché? Allá lejos, a la tierra de todos, a la tierra generosa que no pregunta a nadie cómo se llama, ni de dónde viene, con tal de que tenga unos brazos potentes para fecundarla y un corazón recio y agradecido para defenderla. Camina pa allá, viejo, y tendrás una estancia que será tuya, toda tuya, como ninguna mujer lo es nunca de ningún hombre; que se entregará a ti totalmente, para que tú riegues sus surcos con tu sudor viril y ablandes sus entrañas con la azada o con el arado; tendrás una tierra que al principio te será hosca y rebelde, como un pesteño salvaje, pero que irás dominando y amansando y haciendo a tus costumbres y a tus maneras... Y un buen día, la tierra rebrotará de frutos y tendrás hartura y alegría, y plata hasta saciarte... Y por cada hora de trabajo, tendrás un año de paz, y por cada gota de sudor, te nacerá una espiga. ¡ Pucha, hermano ! Olvida la pesadilla de este mundo viejo y ven a nacer de nuevo en las tierras hospitalarias que acoge a los vencidos y a los conquistadores... Cierra los ojos ante este dolor y tómate de mi brazo como en los buenos días de Lieja... Tómate del brazo del viejo Robledo, que el camarada de antaño te llevará

más allá de estos países bajos de techo... Cierra los ojos... El Océano te servirá de purificación y de bautismo. Y ya verás cómo se te ensanchan los pulmones cuando ante aquellos campos inmensos te diga yo mañana: «Abre los ojos ahura, viejo, abre los ojos... Aquí tenés la libertad, la paz, la fortuna, la reconquista de ti mismo. ¡A trabajar, peoncito!» Pero antes un saludo de corazón. Es la tierra de todos. *(En este momento la orquesta toca un tango. Ronflart se dispone a bailar con Cereza.)*

RONFL. Te digo que no estoy borracho, impúdica Cereza. Quiero bailar. Somos los clásicos danzarines de Gadex que vienen al cabo de cuarenta siglos a bailar el tango argentino a un cabaret de moda. *(Empiezan a bailar. En este momento salen bailando, de la izquierda,* ELENA DE TORREBIANCA *y* LUDOVICO PAGLIANO. *Algunos espectadores les hacen corro, entre ellos Ronflart y Cereza que dejan de bailar.)*

GAST. Esto es bailar, Coralina.

CORAL. Esta Marquesa extravagante acabará por anular a Mimí Dervy...

ROBLEDO *(Advirtiendo a Elena.)* ¡Pero es posible, Federico!

FEDE. ¡Elena...! Todas las noches baila con el maestro, pero esta noche no debió hacerlo... Es de un temple único el alma de esta mujer... *(Llamándola.)* ¿Elena? ¿Elena? ¿Me permites...?

ELENA *(Acercándose.)* ¡Oh, mi cocó! Per-

dóname, querido. Se me acercó al entrar el maestro Ludovico. No supe resistirme. Sólo han sido dos vueltas. ¡Oh! ¡El querido Robledo!

FEDE. Pero esta noche...

ELENA ¡Horrible! No quiero pensar. ¿Usted sabe?

ROBLEDO Todo.

ELENA Vengo de casa del Procurador. Me ha prometido hacer por mí cuanto esté en su mano.

ROBLEDO Por Federico, querrá usted decir.

ELENA No debemos asustarnos demasiado. Después de todo, a Federico no le cabe responsabilidad ninguna. Al cabo no era sino un alto empleado de Fonterroy.

FEDE. En esto tiene razón Elena.

ROBLEDO Está visto, que voy a tener que estallar otra vez... Federico, señora, irá a presidio irremisiblemente, si yo no le salvo.

ELENA ¿A presidio mi esposo?

ROBLEDO A presidio. Y él solo, sí, señora. Por eso es necesario que yo me le lleve corriendito no más.

ELENA Llevárselo usted... ¡Y yo!

ROBLEDO Usted... Usted... Con su permiso... Voy a servirme una copa de champagne.

ELENA Pero, ¿qué es eso, Federico? Es posible que hayas pensado en abandonarme...

FEDE. Ha sido Robledo. El pobre quiere salvarme de esta catástrofe.

ROBLEDO El *pobre Robledo* quiere salvarle, sí, señora.

FEDE. Pero ya sabes que yo no daría un paso sin ti. Si es la muerte lo que me aguarda, la esperaré a tu lado, Elena.

ELENA ¿Y por qué no irnos los dos...? ¿Tanto me odia usted, Robledo, que en el momento del naufragio me tira por la borda, para salvar a su compañero...?

ROBLEDO Yo no sé odiar, señora... Ha surgido el drama inevitable, previsto, fatal... Mi deber era ofrecerle un cable al compañero que se *ahugaba*. Allá faltan hombres...

ELENA Yo les acompañaría dócil y sumisa. Sería una madrecita para todos ustedes. Les haría más amable la vida, más fácil y alegre el trabajo... Yo también trabajaría si fuera preciso. Yo soy una mujercita animosa y resuelta. No crea usted, Robledo, que sólo sirvo para ostentar joyas y vestir sedas costosas. Yo también sabría ganarme la vida. Sé tocar el piano, bordar, dibujar...

ROBLEDO Muy útil en Patagonia.

ELENA ¿No quiere usted llevarme...? En último caso yo les cuidaría la ropa, con estas manecitas que también saben coser y remendar... ¿No me quiere usted llevar, Robledo?

ROBLEDO No me mire usted, señora; no me mire usted...

ELENA Yo sería su hermanita, su ama de llaves, su administradora...

ROBLEDO ¡Administradora, no!

ELENA Yo también sé adaptarme a los tiempos difíciles.

FEDE. Sin Elena no me muevo de París, Robledo.

ROBLEDO ¿Aun sabiendo lo que te espera?

FEDE. Yo no dejo a Elena por salvarme yo. Sería indigno de mí.

ROBLEDO Está bueno. Sea lo que Dios quiera. Quizás nos pese a todos un día esta condescendencia de hoy. Allí conocíamos enemigos terribles: el río desbordado, la sequía, la inundación, el puma... Ahora vamos a llevar la mujer. ¡Que Dios nos pille confesados! Pucha, viejito. Andando. Vosotros no debéis volver a vuestra casa. Me acompañáis un momento a mi hotel. Un auto nos llevará en doce horas a la frontera española. Yo me encargo de buscar los pasajes... Cuando quieran hacerse cargo de ti, estarás ya en alta mar... *(Llamando al Camarero.)* Toma, chinito, cobra y guárdate la plata que sobre. Corriendito, ché...

ELENA ¡Qué noble y qué generoso es usted, Robledo! *(En una exaltación propia de su carácter.)* ¡Me deja usted que le dé un beso!

ROBLEDO Bese lo que quiera, gurisa. *(Están los dos en el centro de la escena.)* Sirena linda, mujercita hechicera, muñequita blanca y dominadora... *(Cogiendo su cabeza entre las manos, y mirándola fijamente a los ojos.)* ¿Qué harás vos en aquellos campos que no conocen tu maleficio? ¿Qué semillas harás brotar vos en aquellas estancias llenas de paz y de serenidad...? ¿Qué ventarrones desatarás vos, sire-

na de los ojos de fuego, en aquellos surcos tranquilos de la tierra de todos... ?

RONFL. *(En su palco, con voz estentórea y alzando su copa.)*

¡Mujer! ¡Nombre maldito,
fantástico y sonoro...!
¡Yo quisiera, en el vino
de mi copa de oro,
disolveros a todas,
como en brujo crisol...,
y, librando a la tierra
de esos trágicos seres,
ungido con la esencia
de todas las mujeres,
abismarme en la lumbre
soberana del sol...!

ROBLEDO ¿Chino? ¿Chino?

CAMAR. ¿Excelencia?

ROBLEDO Cobra el gasto de ese poeta. ¡Ché, qué filosofazo...! ¡Si lograra fundir a todas las mujeres, aunque fuera en un ripio...!

ELENA ¿Tanto nos odia usted?

ROBLEDO No me mire, gurisa. ¡Pucha, comparito...! ¡Ay, mi lejano Fuerte Sarmiento...! ¡Si tú supieras el recuerdito que te lleva de Europa el gringo de Robledo! *(Inician el mutis. La orquesta reanuda sus tangos. Varias parejas bailan. Telón.)*

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Interior de la rústica alquería que habitan en «La Presa» los ingenieros Manuel Robledo y Ricardo Watson. Tabiques de madera, rasgados por enormes ventanas, a cuyo través se distinguen las viviendas fronterizas, y, entre ellas, el célebre almacén del «Gallego», que no es más que un inhóspito boliche que sirve de café, de bazar y de casino a los habitantes del minúsculo poblado. Muebles escasos, someros y prácticos. Por todo adorno, algún plano o mapa fijado en las paredes. A la derecha, puerta de entrada. Dos puertas a la izquierda.

(*Al levantarse el telón,* RICARDO WATSON *examina un plano que tiene extendido sobre la mesa, en el centro de la escena. Viste, como todos los personajes de «La Presa», un enorme sombrero blando, camisa americana, sujeta por un pañuelo de color en el cuello, canana a la cintura, pantalón estrecho y leguis. Los gauchos y criollos que vayan saliendo en la obra, vestirán poncho, pantalón bombacho y sus botas altas, provistas de sonoras espuelas. Todos llevan al cinto un*

revólver, y algunos, además, un cuchillo de razonadas dimensiones. Ricardo trabaja en silencio. A poco aparece «EL FRAILE», *tipo de manigero viejo, charlador y perezoso.)*

FRAILE ¿Se puede, patroncito?

RICARDO *(Hablando con un ligero acento inglés.)* Entre, no más, viejo. ¿Qué le trae?

FRAILE Pos venía a decirle dos palabritas al patroncito rubio.

RICARDO Diga no más.

FRAILE Pues es el caso, patrón, que no sé qué mala virgüela ha caído en el rancho desde hase algún tiempo, que no hay modo de hacer trabajar a aquellos trompudos... Antes, don Pirovani, el contratista, no quitaba el ojo de los pagos, y en cuanto un pión se esperezaba, le rompía la facha con el rebenque... Pero, desde que don Robledo se ha traído esta señora de la Francia o de la Inglaterra, don Pirovani no aporta por el rancho, y aquella runfla de mangines no mueve un brazo ni pa cachitiarse las moscas. ¡La gran siete...! Y es de balde que yo les diga: «¡Eh, compadritos...! ¡A ver si me hacen no más la merced de campaniarme esa punta de labor, que la platita no se gana cebando mates, ni pitando taleguito uruguayo...! ¡Pucha, a trabajar!» Me miran con sorna, y, por todo contestar, me tiran el humo a la cara. ¡La gran siete...!

RICARDO ¿Pues sabe usted lo que le digo...? Que si no sirve usted para capataz de su rancho, debe usted mandarse mudar de «La Presa».

FRAILE ¡Qué esperanza...! ¡Mandarme mudar! Pero, ¿es que aunque yo me vaya a otra compaña, va ñá Marquesa a dejar de *alunar* a don Pirovani, el contratista de las obras, o a don Canterac, el ingeniero francés, o a don Tinterillo, el contable del Gobierno de Buenos Aires...? Si desde que ha venido esta gurisa a «La Presa», no nos llevamos el apunte los unos a los otros. En estos pagos no conocíamos otras mujeres que las mestizas del boliche del «Gallego», o las gringas desarrapadas que algunos peones aportaron de su país, feas todas, ¡la gran siete!, que es una bendición... La más linda da náuseas. ¡Pero qué van a hacer los pobres palandrunes, si no hay otra cosa?

RICARDO Bueno, viejo. Basta de charla, y vuelve al cañadón.

FRAILE No se me estrile, patrón. De todos los ingenieros de «La Presa», usted y don Robledo son los únicos que trabajan como antes. En este desierto patagón, nadie ha cuidao nunca de rulos, ni de moños, ni de pinturerías...; pero, desde que recién vino esa cristiana, hay hasta quien se lava la cara todos los días. Don Canterac, el otro ingeniero, y don Pirovani, el contratista, se ponen y se sacan cada traje, que son el asom-

bro, no más, del campamento... Y andan picaos porque don Canterac pidió a Buenos Aires un cargamento de perfumes y polvos y jabones, para regalárselo a ñá Marquesa, y cuando él lo recibió, se le había adelantao no más don Pirovani con otro cargamento. ¡Una preciosura, ché! Y don Federico, el ingeniero nuevo, el marido de la gurisa, trabajando como un pión en las obras del dique, sin enterarse del bochinche... ¡La gran siete...!

RICARDO Mire, Fraile. Usted se va a callar la boca, ¿entiende?, y no se va a meter más nunca en lo que no le importa. Usted se va al cañadón, ¿sabe? Y trabaja y hace trabajar a los piones, que para eso le dan su buen montón de pesos todas las semanas.

FRAILE Pero, ¿me voy a tirar al cuerpo yo solo las obras del dique, patrón...? Porque el que más trabaja soy yo, y me llaman el Fraile...

RICARDO Pues como yo les encuentre a ustedes sin trabajar, ya pueden mandarse mudar corriendito. Agarran no más la cinguera y se van pa Bahía Blanca, o pa el valle del Bolson, o a los lagos Andinos o al infierno si querés. Acá la changa se gana traspirando sobre la tierra, sin macanas y sin zonzeras.

ROBLEDO *(Entrando por la derecha. Viste igual que Watson.)* ¡Pero qué rica cosa, ché! ¿Qué hacés vos por acá, Fraile? ¿Cómo no estás vos en el boli-

che del Gallego tomándote unos copetines de ginebra...? Lárgate no más. ¿Qué le contaba este gaucho viejo, Ricardo?

FRAILE El patroncito que no ricuerda que el Fraile soy yo y me está haciendo un sermón... Y todo porque he venido a decirle que los piones del rancho son unos zafos y que desde que don Canterac y don Pirovani no se cuidan más que de festejar a ñá Marquesa, allí no se mueve un deo más que cuando está delantito uno de los ingenieros de las obras. Y que a este paso, llegará el mal tiempo, el río crecerá antes de que esté terminada la faena y se llevará en la corriente el trabajo de cuatro años... Y como yo no les juego feo a los patrones, creo que debo decirles, que desde que ha entrao esa gurisa en el poblao, se ha desatao sobre tós nosotros una enfermedad que no se cura ni con la *ñopatía*, y disculpen los patrones. Ya me mando mudar no más. ¡La gran siete...! *(Hace mutis, después de encasquetarse el sombrero con un gesto furibundo.)*

ROBLEDO Y lo pior es que tiene razón el gaucho viejo. ¿No le parece, Ricardo?

RICARDO No sé qué le diga. Doña Elena está acostumbrada a mucho lujo, a mucha comodidad. Ha sido un poco duro trasplantarla a este desierto.

ROBLEDO Era preciso, compadrito. Había que salvar al pobre Torrebianca. Y en este desierto, como usted dice, habrá

pan para todos. Usted y yo nos habíamos asociado para desviar el río hacia estos campos infecundos. Cuando el dique esté concluído, y varios canales lleven el agua a todas las estancias, esto será la tierra de promisión. Cada legua de terreno valdrá una millonada, y nosotros hemos adquirido poco menos que de balde centenares de leguas... Seremos ricos, gringo, fabulosamente ricos. Sus hijos no conocerán estrecheces ni privaciones...

RICARDO ¿A usted le consta que yo tendré hijos?

ROBLEDO Dejuramente, gringo. Y a esa gringuita linda que galopa no más por estos ranchos de Dios, vestida como un gauchito y manejando el lazo como un cuatrero, también le consta.

RICARDO ¿Habla usted de Celinda?

ROBLEDO De Celinda Rojas, la hija de don Carlos, el estanciero; de Flor de Río Negro, como la llaman por estos pagos. El mejor jinete de la pampa. ¡Lo que le atora a don Carlos ver que no consigue que su peoncito se vista de mujer! Sale de la estancia vestida de pollera por complacer al viejo, y en cuanto ha galopiado unas leguas, se saca la pollera no más, y continúa sus galopadas vestida de gauchito pampero. ¡Una lindura, ché...! Ya les veo a ustedes muchos días corretear juntos por esas tierras...

RICARDO Le aseguro a usted, amigo Robledo,

que jamás hemos cambiado una palabra de amor.

ROBLEDO Ni hace falta, ché.

RICARDO Celinda es para mí como un camarada. Me gusta corretear con ella... Tira el lazo como un potrero. El otro día no más, iba yo camino del rancho, y de repente me sentí sujeto por el cuerpo y por un poco no me caigo del tordillo. Era Celinda que me había echado el lazo...

ROBLEDO Cuide no más el gringo de zafarse de esos lacitos, que tenemos mucho que campanear todavía. Y en cuanto se le mete a uno un amorcito de esos en el altillo, no sirve uno para más nada. Fíjese en Canterac, el ingeniero francés, hasta en el insignificante Timoteo Moreno, el agente administrativo, don Tinterillo, como le llaman por acá... Y don Tinterillo y Canterac son casados y con hijos. Y Pirovani tiene un «botija» de catorce años en un colegio de Roma o de Milán... ¡Cosa bárbara, ché...! Esa mujer ha venido a desarreglar estas tierras pacíficas. ¡Hay que ver cómo se visten esos hombres que antes no se afeitaban más que los domingos, ni se cambiaban el trajito hasta que se les caía a pedazos! ¡Qué chaquet a cuadros se trajo ayer el gringo Pirovani!

RICARDO Pues el chaquet a listas que se trajo el día antes Canterac, era cosa seria...

ROBLEDO Supongo que Morenito, por no ser

menos, se traerá lueguito su chaquet correspondiente... ¡Lindo no más...! Menos mal que el pobre Federico no se da cuenta de nada y trabaja con fe y entusiasmo, como si empezara a vivir...

RICARDO Digno de tener suerte. Por cierto, que estoy queriendo decirle a usted hace varios días una cosa a propósito de Federico.

ROBLEDO Diga no más.

RICARDO Que no acepto la participación que usted ha dado a Torrebianca en el negocio.

ROBLEDO Le he dado la mitad de la que yo llevo.

RICARDO Por eso no acepto. Le tenemos que dar la mitad cada uno. No transijo. ¿No dice usted que hay pan para todos? Pues le tenemos que dar la mitad de cada uno. O si no me mando mudar. En Río Colorado hacen falta ingenieros...

ROBLEDO Es usted un noble corazón, ché. Deme usted un abrazo. Me ha hecho usted subir a los ojos algo que hacía mucho tiempo que... Deme usted otro abrazo. ¡Y hurra por Norteamérica!

RICARDO ¡Hurra por España...! *(Quedan abrazados.)*

(En el ventanal del foro derecha, aparece CELINDA, *vestida de gaucho y montada a caballo.)*

ROBLEDO *(Advirtiendo a Celinda.)* ¡Ché! Aquí tiene usted a su gauchito. Chao. El undécimo no estorbar, que dicen en mi tierra. *(Contemplándolos a tiem-*

po de hacer mutis por la segunda izquierda.) ¡Linda yunta, ché! ¡Linda no más...! ¡Juventud, divino tesoro, que dicen también por el viejo mundo...!

RICARDO Pero no se vaya, ché.

CELINDA *(Habla con un acento criollo de dulzura y de mimo.)* ¿Tiene miedo el compadrito de quedarse a solas conmigo?

RICARDO ¿Cómo usted a estas horas, señorita Rojas, en el poblado? ¿No ve que tiene que dar todavía una gran galopada hasta llegar a la estancia, y va cayendo no más la tarde?

CELINDA ¿Y no sabe usted, gringuito zonzo, que yo no le temo a nada en este territorio de Río Negro?

RICARDO Sin embargo, ese gaucho malo, de Manos Duras, que anda suelto por esos campos, podría darla un susto, no más.

CELINDA ¡Qué esperanza, gringuito! Me río yo de Manos Duras y de todos los mestizos saltiadores, mientras yo sepa tirar un lazo y taloniar un pesteño.

RICARDO Sin embargo...

CELINDA No me riña, gringo chapetón... He querido echarle un vistazo no más antes de subir a mi estancia. ¡Como no nos vemos hace tanto tiempo!

RICARDO Nos hemos visto esta mañana, Celinda.

CELINDA ¡Gringo! ¡desagradecido! Y le parece que no es mucho tiempo desde esta mañana. ¡Abombao! ¡Maturrango...! Me mando mudar ahurita mis-

mo. ¿Por qué se queda no más con el pico abierto como los caranchos...? Bésele la mano ya mismo a Su Alteza Flor de Río Negro... Soy la princesa no más de estas pampas, desde los Andes al Atlántico, y desde Bahía Blanca a la Tierra de Fuego... Una princesita salvaje y feliz, que no sabe lo que son las tristuras ni las lágrimas, que tiene por imperio estos campos inmensos, por trono un overo chúcaro, y por cetro un lazo pampero... Bésele la mano a Su Alteza Flor de Río Negro, gringo chapetón.

RICARDO *(Embelesado.)* ¡Celinda!

CELINDA ¡Cierre el pico, carancho, que se le cae la mazamorra! ¡Adiosito...!

RICARDO ¿Quiere que la acompañe, señorita Rojas?

CELINDA ¡Qué esperanza...! Trabajito le doy a quien quiera seguirme. Adiosito, señor ingeniero.

RICARDO ¿No me llama gringo?

CELINDA ¡No embroméis, que lastimáis...! ¡Chao, gringuito...! ¡Su Alteza Imperial se despide del primero de sus súbditos...! ¡Adiosito, gringo feo, gringo zonzo, gringo mancarrón...! ¡Apuráte, perteño! ¡Chao!

(Desaparece Celinda. Ricardo la sigue extasiado con la vista. Al volverse se encuentra con ELENA, *que ha salido un momento antes. Elena viste un traje de corte elegantísimo, que en París acaso hubiese resultado fuera de moda, pero que en «La Presa»*

parece algo inusitado y definitivo.)

RICARDO *(Confuso, al advertir a Elena.)* Usted disculpe.

ELENA ¡Por Dios...! La hija del estanciero Rojas, ¿no es eso? Parece un muchacho. Dicen que no obstante ser su padre el más rico estanciero de estos contornos, la niña está todavía sin civilizar.

RICARDO La señorita Rojas es una señorita muy culta, a pesar de vivir en la Pampa.

ELENA No he tratado de molestar en lo más mínimo a su amiga, mister Watson. Ya se ve que le interesa a usted profundamente. No en balde pasean juntos a caballo diariamente.

RICARDO *(Queriendo desviar la conversación.)* ¿Y el señor Torrebianca? Desde anoche no he visto a su esposo. El Marqués madruga demasiado, y como nuestros ranchos están distantes...

ELENA Vistiéndose de smoking estaba. ¿Se sonríe usted?

RICARDO ¡Qué esperanza!

ELENA Ya sé que usted es de los que me critican, como Robledo mismo... Se necesita estar loco para vestir en este último rincón del mundo como si estuviéramos en Londres, o en París, o en Viena... Pero, ¿qué quieren ustedes? Son exigencias de mi espíritu... Lúculo cena con Lúculo. Usted, hombre práctico, hombre del «times is money», no concebirá estas necesidades.

RICARDO Tiene usted de mí muy mal concepto, señora.

ELENA Justa reciprocidad, en todo caso. Sé que usted me es francamente hostil.

RICARDO Usted se engaña.

ELENA A pesar de habernos hospedado generosamente en su casa, apenas si me dirige usted la palabra. Se diría que me tiene usted miedo... Es usted el único de los personajes de «La Presa» — excepción hecha de Robledo —, que no me hace el amor... Será sin duda porque no le gusto. ¡Soy tan distinta de la señorita Rojas...!

RICARDO Es usted una mujer bellísima, enloquecedora... Esta es la palabra. ¡Enloquecedora! No sé si me inspira usted miedo, pero a veces, cuando usted me mira, quisiera estar al otro extremo del continente, en mi Canadá nativo... Tengo miedo de convertirme en un muñeco como Canterac, como Pirovani...

ELENA ¡Delicioso! Me tiene usted horror en lugar de tenerme lástima. Lástima, sí, Ricardo. Soy una mujer que lo ha tenido todo, y que no tiene nada; una mujer que siente en su alma un ansia indomable de conquista y de triunfo, y que ha venido a sepultarse en este páramo insufrible, entre gentes salvajes, lejos del trato humano, de toda inquietud espiritual... ¿Es que yo no tengo derecho a vivir, ni a soñar, Ricardo? ¿Es que mi juventud debe malograrse forzosamente en este desierto? Compadézcame

en vez de hostilizarme. Si yo hubiera encontrado en mi camino un hombre enérgico y rebelde, como usted, como yo, le hubiera ayudado a dominar el mundo... No lo quiso el destino, y aquí me tiene usted, después de haber visto arrastrarse a mis pies coronas y fortunas, debatiéndome entre gauchos inmundos y horribles mestizas, sin otro horizonte, sin otra esperanza que aguardar el lejano día en que el río se deslice por esos canales que ustedes construyen y nos den ustedes un puñado de pesos para reconstruir también nuestra vida rota... *(Llevándose el pañuelo a los ojos.)* Y usted, el único sér que podría comprenderme, huye de mí y me tiene miedo...

RICARDO No. No es eso, Elena... No llore usted... Yo seré su amigo, su... *(Cuando Ricardo avanza las manos sobre la cabeza de Elena, para acariciarla, sale Robledo vestido de smoking.)*

ROBLEDO *(Alegremente.)* ¡Ea! Ya me tienen hecho un paquete no más. Ya me conquistó a mí también la señora Marquesa. Fíjese, viejo... ¡De smoking! Como si fuéramos a cenar a Palermo con una patora del Club... Y mañana, si me apuran, me cuelgo no más todas las condecoraciones con que me crucificaron en Méjico. Y pasado, me ciño el charrasco y el povero... Comprendo que los gauchitos de acá se asombren un poco al ver la mascarada...

ELENA Se las arreglará usted de modo que no podré agradecerle la gentileza.

ROBLEDO No, m'hijita. Discúlpeme no más. Por dar a usted gusto me visto yo de trovador de la Edad Media. Pero acá sale Federico. ¿Cómo dice que le va?

FEDE. *(Saliendo de smoking por la primera izquierda.)* ¿Cómo pasaste el día, Robledo? ¿Y usted, mister Watson?

RICARDO Perfectamente... Con su permiso...

ELENA ¿No se queda usted a nuestra pequeña reunión, mister Watson?

RICARDO Tal vez vuelva luego... Con su licencia, señora... *(Hace mutis.)*

ROBLEDO ¿Saben ustedes adónde va Watson...? A vestirse de smoking. Es otro catequizado por la gracia de Elena.

ELENA ¿Usted cree?

ROBLEDO De juro. ¡Quién se resistirá a su encanto, Elena!

ELENA Mister Watson está catequizado ya por otra catequista más afortunada.

FEDE. ¿Te refieres a la señorita Rojas? Parece que se quieren. Yo los encuentro galopando por esos campos, o a veces, extáticos, mirándose en silencio.

ROBLEDO Linda yunta, viejito. Ella es un corazón sano, lleno de mimo y de candor. El es el hombre más noble que conozco. Linda yunta no más.

(PIROVANI *aparece en la puerta de la derecha. Es italiano, contratista de las obras del dique. Hombre de unos cuarenta años. Bigote y perilla negrísimos. Calvo. Trae un frac en el que se envuelve, y una enorme chistera. Queda parado en la puerta para go-*

zar del efecto que su presencia produce.)

PIROVA. Con il suo permesso.

FEDE. ¡ Pirovani !

ROBLEDO *(Estupefacto.)* ¡ Apoteósico !

ELENA Querido amigo.

PIROVA. *(Besando la mano de Elena insistentemente.)* ¡ Carissima !

ROBLEDO Pero, ¿ de dónde ha sacado ese frac el amigazo ?

PIROVA. *(Saludando a Federico.)* ¡ Mio caro compatriota !

ROBLEDO ¡ Ya le habrá costado platita !

PIROVA. *(Saludándole.)* ¡ Carissimo... ! Era preciso honrare l'altissima señora Marquesa de Torrebianca. Io e inviato mis meditas por telegrafo a Buenos Aires, e a forza de oro, en siete díe me lo ritornaron... Io sono rico grache a la divina Providenza... Io non teno una sola bambina... Posso tirar la plata, e la tiro...

ROBLEDO Y el frac también... lo puede tirar el amigazo.

PIROVA. ¿ Cosi... ? Non capisco.

ROBLEDO Ya puede agradecernos no más la linda Marquesa, que con el calor espantoso que hace nos vistamos estos paños y estas pecheras... El *povero* Pirovani va a purgar todas sus fechorías de contratista desalmado, por estos ranchos americanos... Fíjense no más... Un centímetro de grueso. Y a 40 grados a la sombra... ¡ Cosa bárbara ! Se está cociendo el amigazo en su propia salsa.

PIROVA. *(Mirándole con desprecio de arriba*

abajo.) ¿Cosa diche...? La gentilísima señora Marquesa ha traído a istos confines uno soplo de distinchione, uno soplo de elegansia, uno soplo de espiritualitat, uno soplo... *(Se enjuga el sudor.)*

ROBLEDO *(Entregándole un abanico de forma americana.)* Uno soplo de aire...

PIROVA. Gratsie mi caro, tropo chentile... Tutto lo mereche este *belo* anchelo de la Excelentísima señora Marquesa.

ELENA ¡Por Dios, Pirovani! No sé cómo agradecerle tales pruebas de adhesión. Es sobrada galantería.

PIROVA. ¡Per Dío, señora Marquesa...! *(En voz baja a Elena, y comiéndosela con los ojos.)* Per lei io sono capás di tutto... ¡di tutto...! Io sono enamorato de lei, como un colechiale, como un bárbaro dil Norte.

(En la puerta de la derecha aparece CANTERAC. *Otros cuarenta años. Unos mostachos enormes. Viste de frac como el contratista, pero lo trae constelado de condecoraciones y cruzado de bandas, y, además, trae encima del frac, un gabán de pieles que mete miedo. También lleva chistera.)*

CANT. *(En la puerta, gozando también del efecto.)* ¿Da su permiso, madam la Marquís?

FEDE. ¡Canterac...!

ROBLEDO Pero este compadre es una congestión con sombrero de copa.

ELENA ¡Amigo querido!

FEDE. ¡Pero si viene usted como si se tratara de una recepción en el Elíseo...!

CANT. Es por eso que yo vengo decorée... Pur moá, madam la Marquís, vale un *pe pli* que mesié le Presidant. Mesié le Presidant me ordena a moá meterme gabán de *po* con cuarenta grados a l'*ombre*, y el gabán de *po* se lo mete mesié, le per de mesié le Presidant. *(Besando la mano de Elena.)* Tuyur savu, madam la Marquís. *(A Federico.)* ¿Coman dités vu que sa vá?

FEDE. Pero, ¿no tiene usted calor, amigo Canterac? ¡Con esas pieles...!

CANT. Estoy hirviendo, mesié le Marquí.

ROBLEDO Quítese el compadrito esa colchonada, ché. Mire no más que las cruces se le están fundiendo... ¡A quién se le ocurre abrocharse este adredón con cuarenta grados a l'*ombre*...! Despelléjese no más, que está echando burbujas. *(Le quita el gabán.)* Y cuide el gringuito de que no le dé el aire... Ya no falta sino que don Tinterillo se traiga un chubesky... Me va a dar el sarampión. *(A Federico.)* ¡Pucha, qué calor...! ¡La gran siete, como dice el Fraile...!

ELENA *(A Canterac.)* ¿Qué cuenta el ilustre ingeniero, director de estas obras?

CANT. ¿Qué es que yo cuento? Yo cuento que estoy tre, tre, tre tornado por madam la Marquís. Yo me dormo y entonces es que yo sigo viendo sus ojos y su boca y sus manos. ¿Usté comprené? ¿No comprené? Sí, comprené. E apré sigo viendo su figura e su corpo...

PIROVA. *(Estallando.)* ¡Corpo di Baco!

CANT. *(Agresivo.)* ¿Qué es que usté dice con eso de corpo di Baco, mesié le contratís?

PIROVA. *(Levantándose y alejándose furioso.)* Io dico que non dico niente. A buon intenditor, poque parole.

CANT. ¿Qué es que dice?

PIROVA. *(Alejándose.)* ¡Poque parole!

CANT. ¡Entonces! A este mesié le contratís, yo le doy cualquiera día, ¿cómo es que se dice...? yo le doy cualquiera día un punta de pie... ¿Usté comprené? ¿No comprené? ¡Sí, comprené!

ELENA ¡Por Dios, Canterac! Yo necesito que usted se olvide de que ha sido capitán del ejército francés, y deponga esas actitudes belicosas... Yo necesito que Pirovani y usted vuelvan a ser lo que han sido siempre: los mejores amigos del mundo.

CANT. Sés imposible, madam la Marquís. Yo le doneré cualquiera día un punta de pie gros, gros, gros, porque mesié le contratís ama a madam la Marquís... Y entonces yo no consiento que un capataz enriquecido porque el ha de la plata, s'atreva le miserable a meter sus ojos en el corpo mervellé de madam la Marquís. Se es yo solo y más nadie. E más nadie. ¡Un punta de pie! ¿Usté comprené? ¿No comprené? ¡Sí, comprené...!

PIROVA. *(A Federico y Robledo que están al otro extremo.)* Io sorto malamente con el directore. Il me voglie anulare...

e a me no m'anulan ni le directore ni Napoleone...

ROBLEDO ¿Qué es eso, Pirovani? ¿Le ha escocido el gabancito de entretiempo que se ha traído Canterac? Confiéselo, no más... En cambio, usted, gringo italiano, le corrió la otra noche no más, con toda la perfumería que se hizo traer de Buenos Aires... No se sulfure, viejo... no se sulfure... y dígame no más las señas de su sastre... *(Mirando hacia la derecha.)* ¡Pero, ché! ¡Qué es esto! ¡Oigalé! ¡Si es don Tinterillo...! ¡Macanudo no más!

(Aparece TIMOTEO MORENO, *don Tinterillo. Es un hombre escuálido, insignificante. Viste un chaquet a cuadros, que tira de espaldas, y un hongo de ala alta, macizo y cuadrado. Trae, además, un enorme ramo de flores que ofrece reverente a Elena.)*

MORENO Buenas noches a todos. Permítame no más, la señora Marquesa, que la ofrezca estas flores...

ROBLEDO *(Asombrado.)* ¡Qué chaquet, m'hijo...! Es una dalmática de los primeros pobladores...

FEDE. ¡Pobre!

MORENO No valen nada, señora. Las hice traer de Buenos Aires. Tres días de camino no más. Tuve que tirar la mitad... Estas también las he debido de tirar, pero para que aprecie la señora la fineza...

ELENA Gracias, amigo Moreno. Con toda el alma las agradezco, sí, señor. En este

desierto, ni siquiera hay flores. Pero gracias a la generosidad de los amigos, acabaré por no echar nada de menos...

PIROVA. Esta nocte es una nocte decididamente desgraciata per me... Io también había mandato trarre flores di Fuerte Sarmiento... Di el incarico al Gallego, y ya debía estare aquí iste Gallego del diabolo...

ELENA ¡Gracias, gracias a todos!

PIROVA. Iste don Tinterillo se m'adelantato...

MORENO *(Irguiéndose indignado.)* ¿Qué es eso de don Tinterillo, ché? Yo me llamo no más, don Timoteo Moreno, ¿sabe? Y soy jefe administrativo del Gobierno de Buenos Aires...

ROBLEDO No se empaque el amigo... Todos por acá le llaman don Tinterillo, porque es quien lleva las cuentas y paga a todo el mundo... pero todos le respetan y le quieren y hasta le admiran... ¿No se llevan el apunte ustedes...? Dense no más un abrazo ya mismo.

MORENO Pero si yo quiero mucho a don Pirovani.

PIROVA. E io a don Tinterillo.

MORENO ¡Bola con don Tinterillo!

PIROVA. Disculpe, don Timoteo.

ROBLEDO Llámele don Tinterillo, que es más bonito. Pero, ¿no lo dije? Aquí sale el compadrito Ricardo, vestido de fiesta... ¡Es la locura, ché!

(Sale RICARDO *vestido de smoking.)*

RICARDO Buenas noches, amigos. Ahora ya me

encuentro más digno de usted, Marquesa.

ELENA (*Estrechando su mano con fuerza.*) Gracias, Ricardo. No puede usted imaginarse cómo le agradezco esta deferencia. No la olvidaré nunca, nunca... Siéntese a mi lado, ¿quiere?

RICARDO Encantado. (*En este momento se oye un tanto distante el sonido de varias guitarras y bandurrias.*)

ROBLEDO ¿Qué es eso, ché?

FEDE. Los gringos del boliche del Gallego... Los pobres se reunen allá, después de la faena, y, entre sorbo y sorbo de ginebra, entonan las coplas de las patrias distantes...

ROBLEDO ¡Pobres chinos...! ¡Y habrá quien piense todavía que esta tierra hospitalaria y amiga, no es la tierra de todos...! Tú, viejo, y don Pirovani, italianos; Canterac, francés; la Marquesa, rusa; Morenito, criollo; Ricardo, norteamericano; yo, español... ¡Tierra amiga y espléndida...! ¡Que Dios te bendiga, porque eres madre de todos los hijos que dejaron el calor de su madre...!

(*Se oye el rasgueo de las guitarras. Una dulce voz de hombre canta «Os meus amores». Hay un momento de emoción... Antes de terminar la canción, otra voz de mujer canta una canción napolitana.*)

ROBLEDO ¡Os meus amores! ¡Galicia! ¡España...!

PIROVA. ¡Napoli...! ¡L'Italia...! (*Se limpia los ojos con el revés de la mano. En*

seguida hace una transición.) Aquí llega el Gallego... ¡A bona hora! ¡Il bandito! Pasa, Gallego...

ROBLEDO Entra, Gallego.

(Entra el GALLEGO. *Viste, de medio cuerpo para abajo, el traje nacional argentino, pero se ciñe una chaquetilla de dril claro y sombrero calañés. Trae un gran cesto de flores.)*

ELENA Buenas noches, Gallego.

GALLEG. *(Hablando con un acento andaluz cerrado.)* ¡Mardito zea mi zino arrastrao!

ROBLEDO ¿Qué le pasa, Gallego?

GALLEG. Que ya veo, por la cara aviesa que me pone aquí don Piroenvani, que he jecho malamente er mandao. ¡Y con las ganitas que tengo yo de servir a don Piroenvani! ¡Y con lo qu'a mí me disgusta que me pongan la cara aviesa! Pos mistelá, don Robledo e mi arma. ¡Aviesísima! ¡Mardito sea er mengue...! *(Entregando las flores a Elena.)* Aquí tiene osté, ¡calne de mis calnes! Y osté dispense, señita Marquesa, pero uno es de Cái... ¿sabe osté...? ¡Uyuyuy las caras bonitas! *(Volviéndose a Pirovani.)* ¡Aviesísima!

ELENA *(Entusiasmada, abraza a sus flores.)* ¡Pero si esto es todo un jardín! ¡Mira, Federico, mira!

FEDE. Esto es demasiado. Esto ha debido costarle a usted un dineral, amigo Pirovani.

PIROVA. Niente, niente. Io sono feliche sirviendo a la señora Marquesa.

ROBLEDO (*A Ricardo.*) ¿Qué dice usted a esto, amigazo?

RICARDO Que Elena es una mujer encantadora, que merece todos los homenajes.

ROBLEDO ¡Oigalé...! ¡También al gringo del Norte me lo ha alunao esa lindura!

GALLEG. ¡Ay si yo la pescase en Puerta tierra, madresita de mi arma!

RICARDO Es muy interesante, muy interesante.

CANT. (*A Morenito.*) Mire usted, mesié Petit Tintero...

MORENO Moreno me llamo.

CANT. Mesié Petit Tintero Moreno; si mesié le contratís no fina de obsequiar a madam, yo le pegaré un golpe de bofetada.

MORENO ¡Pero, señor Canterac!

CANT. ¡Un golpe de bofetada!

MORENO Pero recuerde usted, m'hijo, que es usted casado no más, y que en un pisito de París le esperan no más la esposa y tres maturranguitos.

CANT. No me parle de cosas tristes usted. Usted tiene también una madam y tres, ¿cómo es que se dise...? marraturranguinitos, et uno de ellos (*Señalándose el pecho.*) de poatrin todavía... Y entonces usted está enamorado de madam la Marquís.

MORENO ¡Qué cosa dice...!

CANT. ¡Qué cosa dice! ¡Qué cosa dice! ¿Entonces, qué quiere decir ese chaquet? ¿Qué es que quieren decir esos yerbajos? ¿Comprené? ¿No comprené? ¡Sí, comprené!

(*Moreno recoge de un mueble donde*

yace caído, olvidado, su pobre ramo de flores.)

MORENO *(Contemplando tristemente su ramo.)* ¡Y para esto, no más, he sacrificado mi sueldo del mes próximo! ¡Nos ha alunao a todos! ¡A todos!

PIROVA. Ma ancora me resta quiedere a la señora Marquesa mi facha un favore, un favore que io voglio que la señora Marquesa prenda en consideracione. Lo prenderá, ¿non e vero?

ELENA ¡Ah, no sé...! Diga de qué se trata.

PIROVA. Non, non... Io voglio que acepte súbito. Es un nuovo emayo. Io voglio fare le primo de tuttos, le primo de tuttos...

CANT. ¿Qué es que dice?

GALLEG. Que quiere hacer el primo... ¿no l'está osté oyendo?

PIROVA. La señora Marquesa non posse continuare viviendo en queste albergo miserábile...

ROBLEDO ¿Qué dice este gringo?

PIROVA. Io sono il padrone del único edificio habitábile de estos ranchos. Io teno un «bengalow» amueblato con lujo, molto bel-lo, molto hichiénico... Desde domani, la señora Marquesa vivirá en la mía casa, e io m'alocharé en cualquiera de las alquerías de por acá...

ELENA *(Resplandeciente de alegría.)* De ninguna manera. Eso es demasiado.

FEDE. ¡Está usted loco, querido compatriota!

ELENA ¡No faltaría más!

PIROVA. Senta lei. Senta lei. Bien entenduto, los señores Marqueses me darán cuando possan, el danaro que voglian per el arrendamento. No es regalato, non. Dícame la señora Marquesa que acepta... Io lo suplico rendidamente. Aceptan, ¿non e vero?

ELENA ¿Qué te parece, Federico? ¿Cómo desairar al amigo Pirovani...? Se ofendería con nosotros...

PIROVA. Chiertísimo.

FEDE. ¡Pero, por Dios, Elena! Comprende...

CANT. No comprené...

MORENO Sí, comprené.

PIROVA. Allí vivirán los due con Sebastiana, la mestiza que servía en la estancia de Roscas y que está a mi servicio desde fa octo die... Aceptan, ¿non e vero...? ¿Voglie facherme l'altísime honore de visitar il mio albergo e dopo decidan en consegüenza?

ELENA Vamos a complacerle. No tenemos cosa mejor que hacer hasta la hora de la cena. Vamos a visitar el palacio del señor Pirovani.

PIROVA. Obligato. *(Lanzando una mirada de superioridad a Canterac.)* Daque domani, il mio albergo elli sará il palatso de suas excelencias los Marqueses de Torrebianca... *(Ofreciendo el brazo a Elena.)* Fa l'honore.

ELENA ¿Vienen ustedes? *(Sale del brazo de Pirovani.)*

FEDE. ¿Vamos, Robledo?

ROBLEDO Vamos allá... Famosa procesión, ¡ché! ¡Eh, Canterac...! No se deje el edredón... Métaselo, no más. Métase el

tubo también el compadrito... que no digan los piones y los manigeros que por acá no sabemos vestir... ¡La gran siete! ¡Nos van a tirar piedras! *(Salen.)*

CANT. *(A Moreno.)* Me ha vencido una otra vez, pero yo le juro, yo, que yo seré le primo. *(Sale.)*

GALLÉG. Pa mí que los primos son los dos... ¡Mi mare de mi arma cómo súa este hombre! Como pasen frente a mi armasén, los van a chillar. Es mucha mujer ésta... ¡Sus ojos zalaos! ¿Y usté no viene, don Guasón?

RICARDO No.

GALLEG. Quearse con Dios. *(Mirando las flores.)* ¡Y pa ésto m'he pasao yo casi una semana en er tren! ¡Mi zino arrastrao...! ¡Ay, si yo pudiera sembrar esa armasiga en uno de mis arriates...! Adiós, don Guasón.

RICARDO Adiós, Gallego.

GALLEG. Y que me pusieron Gallego al llegar a este rancho, y que no me lo quita ya ni la virgensita der Rosario, patrona e mi tierra. ¡Gallego yo...! *(Siguiendo con la vista la dirección de Elena.)* ¡Calne de mis calnes...!

(Queda solo Ricardo. Esconde la cabeza entre las manos. Después, rápidamente, se pone en pie y coge su sombrero... Al ir a salir, por la derecha, se detiene como si luchase con su conciencia, súbitamente se dirige hacia el foro, a tiempo que en la ventana del fondo aparece CELINDA.*)*

CELINDA ¿Dónde vá, gringuito? ¿No le tengo dicho que no me gusta que vaya con esa mujer? ¿También os ha embrujado a vos?

RICARDO *(Dominando a duras penas su cólera.)* ¡Señorita Rojas...!

CELINDA No se vaya, gringuito... Venga a besar la mano de su reinita Flor de Río Negro.

RICARDO *(Estallando.)* ¡Señorita Rojas! Ni yo soy su prometido, ni usted tiene por qué impedirme que realice mis gustos... Buenas noches, señorita Rojas. *(Sale indignado por la derecha.)*

CELINDA *(Con la voz cortada por la pena.)* ¿Qué es eso? ¿Qué dice? ¡Se ha vuelto loco, no más! ¡Gringo! ¡Gringuito malo! *(Prorrumpe en un sollozo inmenso.)* ¡Gringo malo que me has hecho llorar por primera vez...! Vos te acordarás...
(Hunde la cara entre las manos, llorando convulsivamente. Las guitarras han empezado a sonar un instante antes. De repente rasga el silencio una lejana voz de tenor que canta la canción de «El Emigrante».)

VOZ Mare Catalunya,
pàtria del meu cor...
quan de tu s'allunya
d'anyoransa es mor...

CELINDA *(Sollozando.)* ¡Gringo malo! ¡Gringo malo...!
(Otra voz más lejana vuelve a cantar «Os meus amores». Telón lento.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Una especie de plaza o glorieta en «La Presa». A la izquierda, sobresale hasta ocupar casi una tercera parte de la escena la galería del «bengalow» de Pirovani, habitado hoy por los Marqueses de Torrebianca. Dan acceso a esta galería unos cuantos peldaños de piedra, con su correspondiente barandal de madera a ambos lados. Quiere decirse con esto, que la galería, que es perfectamente practicable, debe estar a más de medio metro de altura. Esta galería tiene varias puertas que comunican con el interior de la vivienda. En la galería, diversos muebles de mimbre y algunas macetas con flores artificiales. Puede haber alguna que otra palmera enana, y tal cual ebonibus más o menos de trapo. Y no hay inconveniente en que aparezca algún tiestecillo con flor natural, mandado traer por Pirovani de la lejana capital del Estado, en obsequio a su adorada huésped. A la derecha, primer término, el boliche del «Gallego». En la puerta, con unas letras muy grandes, ha puesto su dueño una enfática muestra en que reza: «Almacén del Gallego», pero se trata de un miserable boliche, donde se expenden las cosas más heterogéneas que Dios crió. Adosado al muro, un asiento de madera. En segundo término, algu-

nas rústicas casitas de madera, con puertas practicables. Entre el primero y segundo término calle libre. Detrás, y ocupando en perspectiva todo el fondo, las obras de encauzamiento del río, andamiajes, empalizadas, grúas, máquinas, etc. Lejos, el río ancho y ligeramente azulado...

(Cuando se levanta el telón, varios criollos y mestizas sentados en el suelo, escuchan la palabra doctoral de «EL FRAILE». *Un poco alejado, sentado sobre un cráneo de caballo, el gaucho* «MANOS DURAS», *tipo de bandido de la Pampa, permanece ajeno al relato, en actitud abstraída.)*

FRAILE Y así fué, compadritos... El demonio Gualicho, que atormentaba a los jinetes errantes de la Pampa, fué expulsado de estos pagos a lanzadas y a golpes de boleadora.

MEST. 1.ª No digas macanas, viejito.

MEST. 2.ª Al demonio no puede matársele... ¿No sabe no más, que no tiene cuerpo?

FRAILE ¡Miren la pizcueta! Pues si no tiene cuerpo, ¿quiere decirme dónde se pega la cola y los cuernitos? Sós zonza de un lao, m'hija.

MEST. 2.ª No se retobe, viejo.

FRAILE ¡La gran siete...! ¡Les estoy ilustrando no más, y encima m'arman una tinguintanga los muy barulleros!

CRI. 1.º Siga, compadrito, siga no más.

FRAILE Cállese el tape no más, y deje hablar a la filosofía... El demonio Gualicho, era un demonio de los más piores,

que tenía estos ranchos y más los otros de todita la Pampa, atosigaos de jaquecas y dolamas... Nadie se llevaba acá el apunte, y en las chacras, y en las cremerías, y en cachimbas, y hasta en los conventillos toditos, se odiaban no más, porque Gualicho había sembrao zizaña entre gringos, gauchitos y criollos. Pero un día, convencidos de que el demonio Gualicho tenía la culpa de estos enriedos, salió no más pa el campo una charrinchina de piones, y estancieros, y guris, y tapes, y botijas, y medieros, y gurisas, y campusas, armados toditos no más, con rebenques y ramas de ombuses y raíces d'alpataco, pa meniarle chumbo al cangalla de Gualicho... Pero como no le veían por ninguna parte, los compadritos comenzaron no más a dar palos al aire, p'arriba, p'abajo, pa un lao y pa el otro... seguros no más de que alguno tenía que acertarle... Al cabo de doce horas de este ejercicio, tornaron al poblado hechos guasquillas, pero seguros de que el trompeta de Gualicho, había entregao el rosquete. Y lo entregó de juro, yo lo garanto, porque jamás volvió a saberse de semejante demonio por este rincón de las Pampas argentinas.

MEST. 1.ª ¿Y está seguro, viejo, de que no ha vuelto Gualicho por estas tierras de «La Presa»?

FRAILE ¿Y qué tendría que hacer por acá, gallina crespa?

CRI. 1.º Dice bien la gurisa, que parece no más, que Gualicho se nos haya vuelto a meter entre los yuyos.
(Manos Duras presta atención a lo que se dice, desde este momento.)

FRAILE Calláte vos, roto chileno.

CRI. 1.º Ya nos estamos tomando el tiempo, Fraile. «La Presa» no es ahurita lo que era cuando don Robledo nos trajo a esa gringa...

FRAILE Calláte, roto, que están en la casa no más.

CRI. 1.º Desde que la gringa vino a «La Presa», ni los gringos viven en paz, ni los criollos trabajan a gusto, ni nada anda como es competente...

FRAILE Pucha, que puede que lleves razón.

CRI. 1.º Llevo razón, paisano viejo... A la postre, tendremos que hacer con la gringa, lo que hicieron los otros con el diablo enriedador... Rebenque y raíz d'alpataco...
(Manos Duras, que se ha ido enderezando al oir aludir a Elena, se lanza sobre el criollo, cogiéndolo por la garganta. Todos se levantan lanzando un grito de horror.)

MANOS Te callás vos la boca.

TODOS ¡Manos Duras!

FRAILE *(Acudiendo a separarlos.)* ¡Pucha, que le ahuga!

MANOS *(Tirando al suelo de un empujón al Criollo 1.º)* Te callás vos la boca.

FRAILE Pero, ¿en qué te ha faltao, compadrito?

MANOS El guapo que se atreva a hablar mal

de la gringa, tiene que salir a pisarse el poncho conmigo.

(En la puerta del boliche, aparecen el GALLEGO *y* DON ROQUE, *el Comisario. Don Roque, que es la única autoridad de «La Presa», viste como los indígenas, pero lleva pendiente del cinto un charrasco descomunal, y prendida al pecho una pequeña insignia de metal dorado.)*

ROQUE ¡Orden no más! ¡Orden no más, que lo manda el señor Comisario...! ¿Qué tinguitanga es ésta, mis hijos?

CRI. 1.º Fué Manos Duras que...

ROQUE Calláte vos, trompudo. El día que el Comisario se levante con el naranjo torcido, monta el charrasco no más, y deja aquí un tendal de motreros. A ver, vos, Manos Duras, ¿qué pasó, m'hijo?

MANOS Que ese otario ha ofendío a ñá Marquesa, y a ñá Marquesa no l'ofende nadie delantito de Manos Duras, sin que Manos Duras le baje los dientes d'un guantón al guacho que l'ofenda.

ROQUE ¿Y cómo no? ¡Bravo, m'hijito! Sós el indio más caballeroso que galopa por Río Negro. Pase no más, al boliche y que le ceben un motecito o le sirvan vino barbera, o un suisse, por cuenta del Comisario.

GALLEG. ¿Qué es eso de boliche? ¡Armasén! ¡Armasén, zeñó Comisario...! Desde sarchichón de Vichí, hasta champagne de la veuve. *(Lo pronuncia como está escrito.)* ¡De la veuve! ¿S'entera usté, señó Comisario? ¡Armasén!

(Asomándose a la puerta del boliche y hablando con alguno que se supone dentro.) ¿Friterini? Sirve aquí, a Manos Duras, lo que l'apetezga. *(A Manos Duras.)* Arsa pa el interior, amigaso. *(Manos Duras, después de mirar desafiador al criollo, entra en el boliche.)* Y vosotros agarrá pa la tapera. O si no agarrá pa'l parque, que dentro d'una hora es la nagurasión ofisiá... Aquí no quiero atorrantes que no hagan gasto. Largo, pelandrunes. O sus vais, o saca er sable el señor Comisario...

ROQUE Agarrá pa el parque, m'hijos.

MEST. 1.ª Miren, ¡el maizal con espantajo!

ROQUE ¡Pucha! Caminen no más, y no me empaquen.

CRI. 1.º Como me encuentre a solas a ese gaucho malo...

MEST. 1.ª T'aguantarás no más. A Manos Duras le temen tós, y el primerito el Comisario. Hasta a Manos Duras nos le ha alunao la gringa...

MEST. 2.ª Tiene yeta la gringa.

MEST. 1.ª Es Gualicho que ha tornao pa estos ranchos...

(Han ido haciendo mutis. Quedan solos el Comisario y el Gallego.)

GALLEG. Conque... señor Comisario... Ya me está dando er señó Comisario su rear lisensia pa celebrar una corridita de patos el domingo que viene...

ROQUE No te canses, Gallego. Es de balde que me digas más nada.

GALLEG. Ná de Gallego, ni ná, ni ná... Usté me da lisensia, yo anunsio la corría

con tres premios, que yo me súo de mi peculio particulá, y usté no tiene que preocuparse de más nada, que de emborsar la platita que su amigo el Gallego le suerte. ¿He dicho argo, señor Comisario?

ROQUE Pero, ¿y si después hay puñalaítas, como en la otra farra, viejito? Vos querés que el Gobierno me mande mudar.

GALLEG. ¡Qué va a habé, home! ¿Cuándo ha habío er menó escándalo en mi armasén?

ROQUE El año pasao degollaron a uno de estos rotos chilenos. Fué Manos Duras...

GALLEG. Una cuchillaíta de ná. No fué ná. El roto, que se mamó y se puso sombrón... Y Manos Duras, que cogió el rolo... hizo así... y lo cosió. Ná, señó... Además, Manos Duras m'ha jurao que no pasará ná, que er responde del orden.

ROQUE Pero, entonces, decime vos, ¿para qué estoy yo aquí?

GALLEG. Pa ná, señó...

ROQUE ¿Cómo?

GALLEG. Que no s'artera el orden, señó... ¿Pa qué tiene usté ese charrasco ar cinto? ¿Pa qué tiene usté cuatro sordaos, que son cuatro leones disecaos? No s'artera el orden.

ROQUE Está bueno. Ya hablaremos de esto a la noche, gringuito. Ahura me voy no más, pa'l parque... que ya estarán aguardándome no más las fuerzas a mis órdenes.

GALLEG. ¡Maresita de mi arma, el bochinche qu'armao esa mujer en «La Presa»! ¡Misté que regalarla un parque artifisiá! Ese don Canterac está más loco que un ato de gatos. ¡Misté qu'agarrar a tós los peones de las obras del dique, y llevarlos a orillas del río Lunay pa arrancar todos los árboles de cuajo y trasladarlos ahí delantito, y construirle un bosque a la señá Marquesa...! ¡Aquí, que no hay una gota d'agua, señó Comisario e mi vida! ¡Mañana s'ha secao tó er parque...! ¡Con el dinerá que s'ha debío gastar ese hombre!

ROQUE Toda la plata que le han pagao por unos trabajos extraordinarios, con más cuatro o cinco changas adelantadas...

GALLEG. ¡La de docenas de latas de sardinas que me podía haber mercao a mí! Menos má que m'ha encargao er lunche. Y que me voy corriendito pa allá, pa inspeccionar a esos camareros de futraque que s'ha traío de Fuerte Sarmiento, no me vayan a limpiá arguna botella de la «veuve»... *(Mirando hacia el «bengalow» y suspirando cómicamente.)* ¡Calne de mis calnes...! Después de tó, está justificao, sí, señó. Y si mañana don Piroenvani pa darle en la cresta a don Canterac, se trae a «La Presa» er mar *Mediterranedo* pa que se bañe la señá Marquesa, está justificao. Yo soy un probetillo de ná y si la señá Marquesa me camelase una mijita no más, antes

de ocho días tenía elantito e su puerta la plaza de toros de Jerés... ¡Está justificao, señó!

ROQUE Hasta Manos Duras está deslumbrao por la gringuita. El otro día, cuando iban de paseo al rancho del Marqués, se encontraron de manos a boca con Manos Duras. Y ñá Marquesa, curiosa por la fama del célebre bandido, le llamó no más, y estuvo conversando con él, apartada de todos los gringos. Y desde entonces, Manos Duras no levanta cabeza, no habla con nadie, ni asiste a los bailes de tu boliche...

GALLEG. ¡Armasén! ¡Armasén, señor Comisario! Es mucha mujer... Pero ella a quien l'ha tomao el apunte, es a don Guasón, el ingeniero yankee. Se lo come con los ojos... Y con lo que no son los ojos.

ROQUE ¿Dadeveras, ché?

GALLEG. La otra noche, Friterini, mi secretario particular, los vió darse un beso de final de película...

ROQUE No me digas, viejo... Entonces, la chiquilina de don Carlos Rojas...

GALLEG. Por ahí anda la probetilla de mi arma, más sola y más triste qu'una Dolorosa, arrastrando su lasito pampero... ¡Hasta parda s'ha puesto! Y en eso sí que no hace bien don Guasón. Bueno está lo bueno. Pero jugarle feo a ese botón de rosa pa hacerle cara a esa croqueta que trae revuertos a tós los hombres der poblao, eso es una infamia más gorda que su ca-

beza de usté, señor Comisario... ¡Sí, señor! Aquí y en Guasintongen. ¡En Guasintongen! Y dicho esto me vi a poné de ceremonia pa llegarme al parque... Hasta lueguito, señó Comisario... *(Deteniéndose en la puerta del boliche.)* ¡Aquí y en Guasintongen! *(Hace mutis el Gallego hacia el interior del boliche. El Comisario se limpia el sudor con un enorme pañuelo de algodón de muchos colorines.)*

ROQUE ¡Pobre Flor de Río Negro!

(Como si los hubiera evocado, aparecen, saliendo por el tercer término de la derecha, y montados a caballo, DON CARLOS ROJAS *y su hija* CELINDA. *Don Carlos es un viejo criollo, rico y autoritario; Celinda viste falda corta y largas botas de montar. De medio cuerpo para arriba, puede vestir como en el acto anterior.* EL FRAILE, *que sale con ellos, se lleva los caballos, cuando Rojas y Celinda se apean.)*

ROQUE ¡Señor Rojas!

ROJAS Buscándole venía, Comisario.

ROQUE Mande no más, don Carlos. Dios la guarde, amita Celinda.

CELINDA Buenas tardes, viejo.

ROJAS Quería decirle no más, Comisario, que ese indio de Manos Duras s'ha creío que a mí me va a agarrar pa'l manoseo, y a mí no me embroma ningún bandido de su calaña.

ROQUE ¡Qué cosa dice, señor Rojas!

ROJAS A mí me han desaparecido de mi estancia, un novillo chúcaro y un ternero chorriado, y ha sido ese guacho

de Manos Duras quien me los ha robao.

ROQUE Eso no diga. ¡Qué esperanza! Tres días lleva sin moverse del boliche del Gallego.

ROJAS No venga con macanas, ché. ¿No sabemos todos que Manos Duras, d'acuerdo con otros bandidos de Río Colorado y del valle del Bolson, se dedica a carniar lo ajeno...? ¿Es que acaso no sabe el Comisario lo mismo que yo, que constantemente pianta pa la cordillera, a vender las reses que nos roba de nuestras estancias?

ROQUE Pero convendrá conmigo, amo don Carlos, que jamás nunca se le ha podido probar ninguna de esas hazañas...

ROJAS No han querido probársele. Le tenés miedo todos, yo no sé por qué, a ese ladrón asesino.

ROQUE *(Mirando asustado hacia el boliche del Gallego.)* ¡Don Carlos!

ROJAS *(Advirtiendo su gesto.)* Está en el boliche, no más, ¿no es cierto? Dígale que salga, no más.

CELINDA ¡Por Dios, tata!

ROJAS Que salga, no más. Que Carlos Rojas no le tiene miedo a ningún indio saltiador, así se llame Manos Duras.

MANOS *(Saliendo a la puerta del boliche, seguido del* GALLEGO *y de* FRITERINI. *El Gallego se ha quitado la guayabera y el calañés, vistiéndose una enorme chaqueta que le está grande por todas partes, y cubriéndose con un hongo antiquísimo. Friterini es el dependiente y criado del boliche. Es italiano.*

Viste una guayabera de su amo, y lleva atado a la cabeza, como una reminiscencia de su patria lejana, un pañuelo de vivos colorines.) ¡Qué pasa con Manos Duras! ¿Quien habla acá de Manos Duras?

ROJAS Yo mismo.

MANOS *(Llevándose la mano al sombrero respetuosamente.)* Buenas tardes, señor Rojas.

CELINDA ¡Por Dios, tatita, déjalo ya! Vámonos, no más.

ROJAS Yo era quien hablaba de vos; yo, a quien habés robao un novillo y un ternero chorriao pa vender sus carnes en Rawson, o Puerta Arenas, o Bahía Blanca.

GALLEG. *(Aparte, a Friterini.)* Se va a armá la obesa.

FRIT. Io teno paura.

MANOS ¡Tiene ganas de embromar el patroncito!

ROJAS Vos sós un saltiador y un bandido.

CELINDA ¡Tata...! *(Manos Duras se contiene difícilmente.)*

ROQUE *(Interviniendo pacificador.)* Vamos, vamos, don Carlos, vuelva pa su hasienda... La autoridad sabrá lo que tiene que hacer.

GALLEG. Esconderse.

ROJAS Yo no te tengo miedo a vos, ¿sabés? Ni a vos ni a toa la runfla de bandidos que escondés vos en tu chacra y que debían estar tós no más en la «cana», si el Comisario tuviera vergüenza y mando.

ROQUE Repare el patroncito que me está fal-

tando, que eso de que yo no tengo mando, no se lo puedo consentir...

ROJAS Usted tolera lo que a mí se me antoje y más nada.

ROQUE Eso sí; pero lo de que yo no tengo mando...

MANOS En resumen, señor Rojas...

ROJAS Que como aportés no más, por mi estancia, te tiendo a mis pies d'un balazo.

MANOS Cuando se tienen los años de usted, se pueden decir esas cosas.

ROJAS Se pueden decir y se pueden hacer... y si no viniera Celinda, te desmayaba a rebencazos ahora mismo, ¡saltiador!

(Manos Duras lanza un rugido y se va a arrojar sobre Rojas. El Gallego y Friterini le contienen. Celinda y el Comisario, por su parte, contienen a Rojas.)

CELINDA ¡Tata, por Dios!

GALLEG. *(Indignado, a don Roque.)* ¡Se van a desgraciar! ¡Pero qué hace usté ya, que no desenvaina!

MANOS Está bueno...

GALLEG. *(Tirando de él.)* Tú te vienes conmigo pa'l parque.

MANOS . Está bueno. Ya nos volveremos a ver en otra bolada.

GALLEG. Cógele del otro brazo, Friterini.

FRIT. Teno paura.

GALLEG. ¡Paura! ¡Paura! Asaura, es lo que tú tienes, ladrón. *(A Manos Duras.)* Pucha, pa'l parque.

MANOS Está bueno. Está bueno. Nos vol-

veremos a ver, ¿n'es verdad, patroncito?

ROJAS ¡Y cómo no!

MANOS Está bueno.

GALLEG. No le suertes, Friterini, que éste es mu güenazo, pero le da un puñalón a su padre. *(Friterini, al oir esto, le suelta más que aprisa.)* ¡No le suertes! ¡Pero eres tú su padre, ladrón...! ¡Entonces! *(Hacen mutis por el foro izquierda.)*

ROQUE Cálmese no más, el patroncito y siéntese acá, que nos seben esas mestizas del Gallego unos motecitos de torongil.

ROJAS *(Todavía rencoroso.)* Ese saltiador quiere pastorear vaquillas criollas a cuenta de Rojas, y a ese saltiador le corro yo con mi talero.

CELINDA ¡Por Dios, tatita! Has amenazado a ese hombre, y ese hombre es malo, tata. ¡Amalaya que no nos busque algún disgusto!

ROJAS Ese es un gaucho cangalla, a quien yo voy a meter en cintura, no más. Yo solo, yo, Carlos Rojas, el estanciero. Usted, viejo, le tiene miedo porque no tiene más fuerzas que cuatro soldados curdilones, que no pueden con la espada de Bernardo que les ha atao el Gobierno... Bastante hace el viejo con desaparecer prudentemente en cuanto que se arma un bochinche. Si se desgracia alguien se le entierra en Fuerte Sarmiento y en paz. Está esto muy lejos... De juro sabe el Comisario que Manos Duras

vive de vender en otros ranchos las reses que roba de los nuestros, que Manos Duras ha desgrasiao a tres o cuatro infelices, que Manos Duras asesinó cobardemente a aquellos exploradores chilenos que le llevaban de baquiano... Pero el Comisario sabe que con los cuatro mancarrones de sus soldaos no se puede atrever con Manos Duras, y Manos Duras se cree un emperador en estos ranchos de «La Presa»...

ROQUE En todo caso será culpa no más del Gobierno, que para mantener el orden en un poblado de más de mil almas, no me ha dao más que cuatro sables que, pa desenvainarlos, hay que uncirles una recua a los puños... Bastante hacemos con desaparecer cuando s'arma un bochinche, pa que no padezca el principio d'autoridad. Una vez no más he desenvainado el charrasco y me lo rompieron encima. ¡Con su permiso me voy pa'l parque!

ROJAS Camine, camine no más, Comisario.

ROQUE Adiosito, Flor de Río Negro.

CELINDA Adiosito, Comisario.

ROQUE *(Mientras hace mutis marcialmente por el foro izquierda.)* ¡Aquí querría yo ver al más pintao...! Con mil gringos, cada uno de su país, que en cuanto se maman de vino barbera la toman con mis tropitas y las tiran los huesos de las aceitunas... *(Hace mutis.)*

CELINDA Vamos, tata, vamos a la estancia. Tengo miedo, tata.

ROJAS ¡Miedo vos! ¡Mi gauchito valiente...! No tengás miedo qu'ese mangín no s'atreve con don Carlos Rojas... Qué, ¿no querés vos llegarte a ver ese parque de qu'habla *tó* el mundo?

CELINDA *(Vivamente.)* ¡Oh, no, tata...! No quiero ver más nada... Sobre todo, tata, no quiero ver a esa mujer.

ROJAS ¡Qué mujer, m'hija!

CELINDA Esa gringa qu'ha venido no más a infernar estos ranchos...

ROJAS ¡Pucha que es cierto, m'hija...! Y lo que más siento, que las obras del dique se han paralizado y que ya está aquí el invierno con sus lluvias que harán crecer el río... y si el agua no llega a nuestros ranchos, ¿qué será de todos nosotros...? Si el agua llega a la estancia Rojas, seremos inmensamente ricos, gauchito... pero, ¿y si no llega? Si el agua corre por esos canales, todos estos pobres gringos que con mil sudores han comprado unas hectáreas de terreno, serán poderosos, y hasta ese pobre Gallego, el bolichero, será millonario... Pero si los hombres se dedican a rivalizar por el amor de una gringa bonita, ¿se jubarán las obras del dique, m'hija? Y si no se logran..., ¿qué será de tantos esfuerzos y de tantas ilusiones?

CELINDA ¡Y todo por esa gringa, tata!

ROJAS *(Mirándola a los ojos.)* ¿Qué quie-

re decir ese tono, m'hija...? Bueno que la corriente lo arrastre todo, m'hija, trabajos y esperanzas, pero que no arrastre la paz de mi gauchito valiente... ¡Pucha! Voy a buscar los overos a ver dónde los ha amarrao ese perjeño del Fraile... *(Sale Rojas por la izquierda. Celinda queda abatida y triste, golpeando con el rebenque la punta de su bota. En la galería del «bengalow» aparece* ELENA.*)*

CELINDA ¡Y mi paz la ha destrozado esa mala gringa...! ¡En mala hora aportó por estas tierras donde yo era dichosa...! *(Advirtiendo a Elena.)* ¡Ella...! ¡Si yo me atreviera...! ¿Y por qué no? ¡No estoy acostumbrada a defenderme de todos los enemigos de la Pampa...! *(Avanzando hasta Elena, y subiendo los peldaños de la pequeña escalera. Elena, desde que ha salido, ha permanecido mirando a lo lejos, como buscando a alguien con la vista.)* ¡Señora!

ELENA *(Asombrada.)* ¡Es posible!

CELINDA Señora, una palabra nada más.

ELENA No sé quién es usted. No sé por qué se permite usted dirigirse a mí.

CELINDA ¿No sabe usted quién soy? No es extraño. No es de las pobrecitas mujeres criollas de quién se preocupa la señora Marquesa.

ELENA *(Altiva.)* ¿Qué quieres decir, muchacha?

CELINDA *(Con la voz llena de lágrimas.)* Esto solamente, señora: ¿no tiene usted

bastante con todos esos hombres a los que trae locos? ¿Todavía necesita robar los que pertenecen a otras mujeres?

ELENA *(Mirándola con desprecio de arriba abajo.)* Niña... sigue tu camino. No sé quién eres.

CELINDA Miente usté.

ELENA Ni sé quién eres, ni te conozco... Entre nosotras existen, además, grandes diferencias de categoría y educación que nos impiden seguir hablando... Buenas tardes.

CELINDA *(Levantando espontáneamente el rebenque para golpear a Elena.)* ¡Ah, demonio con faldas!

ELENA *(Deteniendo rápida el brazo de Celinda.)* ¡Ah, india brava! *(Las dos miradas chocan como dos hojas de acero. Hay una pausa breve y solemne.)* Está bien, niña. No se moleste. Doy por recibido el golpe. Este regalo es de los que no se olvidan nunca. Ya procuraré devolvérselo. *(Entra al interior del «bengalow». Celinda, avergonzada, vencida, desciende, con los brazos desmayados a lo largo del cuerpo. Al llegar al centro de la escena, se cubre el rostro con el brazo derecho y rompe a llorar.)*

CELINDA ¡Gringa maldita! *(Cuando descubre su rostro, ve ante sí a* RICARDO, *que ha entrado un instante antes, por la derecha.)* ¡Usted, Ricardo!

RICARDO ¿Qué hace por acá mi gauchito lindo?

CELINDA ¡Su gauchito, yo! Siga viaje, grin-

go chapetón, que acá no admitimos puchos de otra.

RICARDO Celinda.

CELINDA Entre a verla no más, gringo. Pero cuando se sienta arrastrado por el torbellino de ese demonio, no tienda sus ojos a Flor de Río Negro... Las indias bravas tenemos también nuestro orgullo, como vuestras marquesas.

RICARDO ¿Por qué dice eso Celinda? Yo soy el mismo de siempre.

CELINDA Siga viaje. Acá sabemos que no sale usted de casa de la gringa; que están a solas siempre; que pasean a caballo todas las mañanas por esas tierras en que antes galopiábamos los dos... Y hay quien los ha visto besarse bajo los duraznos del río Lunay... Siga viaje, gringo.

RICARDO ¿No me perdonará nunca, Celinda?

CELINDA No me gustan los hombres que piden perdón.

RICARDO ¿Y si yo estuviera arrepentido? Si yo ansiara con toda mi alma volver a galopiar por estos ranchos con mi gauchito lindo? ¿Volver a tirar el lazo con mi Flor de Río Negro?

CELINDA Usted es un gringo desagradecido. Pero si quiere volver a verme, en esos campos que son mi reino, me tiene... Aprenda no más de nuevo a echar el lazo y aprisióneme... Pero no podrá... No le dejarán... Adiosito, Ricardo. Ya sabe cómo puede tenerme, y dónde puede encontrarme... si se libra del torbellino... *(Hace mutis por la izquierda. Un momento an-*

tes ha aparecido ELENA *en la galería, presenciando con señales de viva angustia el diálogo de Celinda con Watson.)*

RICARDO *(Siguiendo con la vista a Celinda.)* Tiene razón. Es el torbellino... La tentación dominadora... Ella me ha apartado de Celinda, me ha hecho desconfiar de Robledo, me ha obligado a traicionar a Federico... ¡El torbellino! Es necesario huir de él... *(Inicia el mutis. Elena le llama desde la galería, pero en vista de que no es atendida desciende a escena.)*

ELENA ¿Ricardo? ¿Watson? ¿Pasaba usted de largo? ¿Es posible?

RICARDO Pasaba de largo, sí.

ELENA ¿Le ha prohibido la india de Rojas que entre a saludarme?

RICARDO Me lo prohibe mi dignidad, señora. Volveré cuando esté presente su esposo y no habite en la casa de Pirovani.

ELENA ¿Qué es eso, Ricardo? ¿Celos o arrepentimiento?

RICARDO No sé. Desde luego, es posible que más de lo último que de lo primero. Este ambiente me asfixia...

ELENA También a mí, Ricardo. Si no fuera por usted, no podría vivir aquí. Pero usted me es necesario, Ricardo. Yo quiero unir mi suerte a la suya. Yo quiero estimularle, hacer de usted el hombre que usted debe ser. Lléveme de aquí. ¿Aquí qué me aguarda? Largos años de espera en este desierto, hasta que el río tenga a bien desli-

zarse por estos canales. Y aun entonces, ¿qué le corresponderá a mi marido? Algunos centavos, cuando ustedes lleven ganados miles y miles de pesos.

RICARDO ¡Qué mujer es usted, Elena! Pero, ¿no se da cuenta de que los hombres se arruinan y se odian por usted?

ELENA Hasta el placer de la coquetería quieren negarme en este desierto maldito. ¿Qué otra cosa puedo hacer aquí? Ustedes tienen el trabajo que les distrae, sus luchas con el río. Yo me aburro horriblemente durante el día. Hay tardes en que pienso hasta en la posibilidad de matarme, y únicamente, cuando llega la noche y se presentan mis admiradores, encuentro un poco tolerable mi destierro.

RICARDO Pero es cruel, Elena. Esos hombres tienen sus familias, sus hogares...

ELENA Más cruel es mi destino, Ricardo, y valgo más que todos ellos... Pero yo renunciaré a mis coqueterías, Ricardo, yo renunciaré a todo. Pero déjeme abrazarme a su vida, a su juventud triunfadora... Me muero de desesperación, como un náufrago que no tuviese para salvarse otra cosa que una frágil y débil tabla, que esto es Federico en mi vida: un débil asidero para quien quiere brincar hasta las nubes.

RICARDO Adiós, Elena.

ELENA ¿Es esa su respuesta?

RICARDO Volveremos a vernos cuando Federico esté presente.

ELENA Un poco tarde despierta su dignidad, Ricardo.

RICARDO Posible, posible. Pero no fué mía la culpa.

ELENA Le creía más generoso... Pero, no, no. Yo no renuncio a usted..., porque usted es..., porque tú eres, Ricardo... ¡Sí, es absurdo, es cruel también; pero tú eres el único sér de quien yo me he enamorado en el mundo... ! ¡El único! ¡El único... ! ¡Yo no renuncio a ti! ¡Yo no renuncio a ti!

RICARDO Adiós, señora.

ELENA ¡No!

RICARDO Sí...

ELENA *(Con un gesto de indignación feroz.)* Está bien, mister Watson... Algún día sabrá usted lo que cuesta humillar a una mujer como yo.

RICARDO Eso no, Elena... humillarla yo...

ELENA *(Imperativa.)* Silencio. Viene gente. *(Cambiando el tono de la voz.)* Está bien, mister Watson, puesto que no puede usted acompañarnos a la inauguración del parque, a la noche, al menos, vendrá usted a tomar una copa de champagne con Federico y conmigo.

RICARDO No se lo prometo.

ELENA Como usted guste.

(Por la derecha, entran en escena CANTERAC *y* TIMOTEO MORENO, *ambos con elegantísimos y fantásticos trajes de chaquet.)*

CANT. Adiós, mi querido confrer. ¿Qué es que yo he oído? Es que usted no viene a la fiesta...

RICARDO Tengo que escribir unas cartas urgentes.

CANT. ¡Oh, mon Dieu! Yo lo regreto tre, tre, tre...

RICARDO Hasta luego, señores. Ya visitaré otro día su famoso parque, amigo Canterac.

(Mutis Ricardo por la izquierda.)

CANT. ¡Oh! Yo no sé si es que otro día habrá parque. *(Descubriéndose con grandes ademanes ante Elena.)* ¡Oh, madam la Marquís!

MORENO ¡Señora Marquesa!

ELENA ¡Mis queridos amigos...! Les estábamos esperando para dirigirnos a ese paraíso con que usted me ha obsequiado... ¡Cómo agradecerle, mi querido, mi predilecto amigo!

CANT. ¡Oh, madam la Marquís! Usted se regretaba de que en este desierto no había árboles, y yo he hecho brotar árboles en este desierto.

MORENO Lo triste es que no pueda usted hacer brotar el agüita de la peña, como Moisés.

CANT. Que madam la Marquís se lo proponga, y yo haré el miracle... ¿Usted comprené? ¿No comprené? ¡Sí, comprené! ¡Qué es que yo no haré por madam la Marquís! Agua de la piedra et fogo de l'anferno hago yo brotar si madam la Marquís me lo demanda... *(Comiéndosela una mano a besos.)* Fogo de l'anferno.

MORENO *(Arrobado también.)* ¡Oh! Madam la Marquís merece todos los sacrificios

y todos los esfuerzos... ¡Madam la Marquís!

ELENA — Pero, ¿también habla usted en francés, Morenito?

MORENO — *(Devorándola con los ojos.)* Y en vascuence, señora Marquesa.

ELENA — Pero entren ustedes. Federico les está esperando.

CANT. — Allons, petit encrier...

MORENO — Precisamente traigo una carta certificada, que ha llegado a las oficinas para el señor Marqués.

ELENA — Pasen ustedes...

MORENO — De ninguna manera, señora Usted delante...

ELENA — Pase usted, hombre de Dios. Y usted también, amigo Canterac.

MORENO — Si usted lo ordena...

CANT. — Si usted lo ordena, madam la Marquís, es una otra cosa... ¡Qué es que es usted elegante, mon Dieu!

(Mutis ambos en el interior del «bengalow». Un instante antes ha salido MANOS DURAS *y ha venido a situarse ante la puerta del boliche, contemplando a Elena con mucha admiración. Elena le hace señas de que se acerque y él obedece sorprendido y arrobado.)*

ELENA — Acérquese sin miedo.

MANOS — *(Con sonrisa feroz.)* ¡Miedo yo...! *(Atreviéndose a mirar a Elena.)* ¿Qué le sucede a la señora Marquesa? ¿Por qué está tan pálida la señora Marquesa?

ELENA — Usted me dijo el otro día que me aprecia mucho y que está dispuesto

a hacer lo que yo le mande, por terrible que sea...

MANOS Ordene lo que quiera, la señora... Si es necesario pelar el facón y pisarse el poncho con alguien..., ordene la señora...

ELENA ¡Por Dios! ¡Por quién me toma! El servicio que tal vez le pida, será muy dulce para usted... Vaya dentro de media hora al parque de Canterac, y disimúlese entre los árboles. Yo procuraré hablar con usted unos minutos... ¿Conoce usted a la hija de Rojas?

MANOS ¡Y cómo no! Tengo, precisamente, una cuenta qu'arreglar con el padre.

ELENA ¡Magnífico...! Así se satisfarán juntas nuestras dos venganzas... Hasta luego, mi amigo.

MANOS P'allá me voy... Y ordene lo qu'ordene, la señora será obedecida... *(Haciendo mutis lentamente.)* Ahora, que quien ordena, tiene que pagar... Y del pago... del pago hablaremos lueguito también...

(Hace mutis por la izquierda. Al ir a entrar Elena, tropieza con FEDERICO *que sale.)*

FEDE. Perdona, Elena. No puedes ir a la fiesta de Canterac. Lee esta carta que acabo de recibir.

ELENA ¿Qué dice esta carta? Es muy larga, y no tengo tiempo de leerla. El breque está en la puerta que da a la carretera, y Canterac y Moreno me esperan en el salón.

FEDE. Mi madre ha muerto, Elena.

ELENA ¡La vieja!

FEDE. ¡Elena!

ELENA Perdona. ¡Qué contrariedad! Pero no debes preocuparte demasiado. Estaba muy enferma, tenía muchos años... Era lógico.

FEDE. Era mi madre, Elena. El sér que más me ha querido en el mundo, tal vez el único.

ELENA ¡Qué tonterías dices! Comprenderás que es imposible suspender esta fiesta. ¡Con el gasto que ha hecho ese hombre! Con todos los invitados esperándonos... No hay más remedio que ir. Todo se reduce a que dés por recibida esa carta cuarenta y ocho horas más tarde...

FEDE. Pero, ¿estás loca, Elena? Pero, ¿no ves que me ha ocurrido la desgracia más grande que puede ocurrirle a un hombre sobre la tierra?

ELENA Seguro que sí... Pero ya no tiene remedio. Si con aplazar esa fiesta fuésemos a salvar a tu madre, valdría la pena de aplazarla y de quedar mal con esos amigos que tan generosos son para nosotros. Pero ya no tiene remedio... Estamos muy lejos de Italia... Mira, en todo caso, iré yo sola... Ya ves... No quiero que te atormentes tú acompañándome... ¡Pobre...! Como comprenderás, no voy a divertirme... Pero es necesario sacrificarse muchas veces por los demás. Vuelvo en un vuelo. No me digas nada... Hasta ahora mismo... *(Entra en el «bengalow». Federico*

cae en una butaca, ocultando la cara entre las manos.)

FEDE. ¡La vieja...! ¡Madre mía de mi alma! *(Solloza como un niño.)*

(Dentro se oye la voz de Pirovani que se acerca. Y entran a poco PIROVANI, ROBLEDO *y* EL FRAILE.*)*

PIROVA. Io no debía andare a la inauguratsione; ma a l'Italia, uno proverbio que ditse: bisoña préndere loccasione péi capel-li.

ROBLEDO Y el amigo Pirovani quiere ver a Elena, ¿no es eso?

PIROVA. Vol-lo vederla, e cherto.

ROBLEDO Y ahora, ¿qué va a inventar usted para anular a Canterac? Este golpe del parque ha sido definitivo, viejo. Usted tendrá que construirla un estanque, o una casa de fieras.

PIROVA. Rídere... rídere.

ROBLEDO ¿Hasta cuándo va a durar este pugilato zonzo, gringo? Piense no más, que tiene una hija en Europa, que es quien únicamente merece el premio de estos sacrificios que acá nos imponemos. No malogre su plata, viejo...

PIROVA. La mía filla.

ROBLEDO Piense en ella no más, gringo, y guarde los pesitos para ella. Que los hijos no tengan que luchar, ya que ustedes se destrozaron por estos ranchos. Esa mujer no merece, viejito, que ustedes se arruinen, ni que ustedes se odien. La vida en estas tierras, antes de que viniese esa mujer, era un poco monótona, pero tranquila y fraternal. Ahora, los hombres se

miran hostilmente... No olvide, viejo, que nuestras pasiones domésticadas por la existencia en las ciudades, pierden aquí su educación y saltan en libertad... Cuidado, viejo, cuidado... Fíjese no más, en Ricardo, mi mejor amigo, mi hermano... Han bastado unos halagos de la sirena para que se aleje de mí.

FRAILE Es Gualichu, patrón... El demonio de la Pampa, que ha vuelto a «La Presa»...

ROBLEDO Posible es, paisano viejo, posible es.

PIROVA. Ma entretanto fa unora e medso qu'io debía estare en el parque. Con il suo permetso... E tardi. O fretta. A rivederchi. *(Mutis por el último término izquierda.)*

ROBLEDO Es inútil... Están ciegos o locos. En mala hora me traje a esta mujer a estos campos... Pero, dime, compadrito, ¿no es aquél el Marqués?

FRAILE ¡Y cómo no!

ROBLEDO ¡Es posible que no haya ido al parque! Hasta ahura, viejito... *(Sube al «bengalow».)*

FRAILE ¡El señor Marqués...! Menudo tocomocho está el señor Marqués. Si ñá Marquesa fuese mi mujer, ya la había yo acomodao cada paliza con ñó rebenque... En fin, vamos a que las mestizas del Gallego nos ceben un motecito de hojas de naranjo... *(Sentándose a la puerta del boliche.)* ¡Pucha no más! ¡A ver, que me sirvan un motecito...! *(Una mestiza le saca un mote.)* Y, entretanto, pitaremos. *(Hace un ciga-*

rro.) ¡Pucha que son! ¡Perra vida...! Tanto matarse a trabajar, pa que luego le salga a uno la parienta coquetuda y enriedaora... Si yo tuviera ganas de trabajar, se me quitarían. ¡Pucha que son...!

ROBLEDO *(Separando a Federico la cara de las manos.)* ¿Qué es eso, Federico? ¡Estás llorando vos...! ¿Es que te han dicho algo, viejo? ¡Te has enterao de algo...? *(Siguiendo el ademán mudo de Federico.)* ¿Esta carta? ¿Qué dice esta carta? *(Recorriéndola con la vista rápidamente.)* ¡Oh! ¡Pobre Federico! ¡Déjame que te abrace no más! ¡Viejito del alma...! ¡Y te han dejao solo en este día!

FEDE. Elena tenía que ir a la inauguración del parque. No era posible desairar a Canterac.

ROBLEDO ¡Viejito noble y bueno! ¡Qué digno eras vos de sér dichoso!

FEDE. Además, ¿sabes? Elena no conocía a mi madre... Se cambiaron unos retratos a raíz de la boda, y eso fué todo... La pobre no tenía los motivos que yo para quererla.

ROBLEDO ¡Oh, el camarada noble de los tiempos mozos! ¡Siempre buscando disculpa a la maldad de los demás!

FEDE. ¡Por Dios! ¡Maldad!

ROBLEDO Perdóname, viejo. No des gran valor a mis palabras. Es decir, a éstas sí; a éstas que te voy a decir, sí debes darlas el valor que tienen en estos momentos: no estás solo, viejo. Tu compañero de farras, tu hermano

de estudios y de ideales, está contigo siempre. Cuando tengas una tristura como ésta de ahura, ábrele tu corazón al hermano Robledo, y el hermano Robledo te consolará como te consolaba en Lieja, en las tristuras de los veinte años.

FEDE. *(Estrechándole las manos, y queriéndoselas besar.)* ¡Hermano! ¡Gran corazón!

ROBLEDO ¡Qué haces, loco...! Sosiégate no más. Y ahura a trabajar de firme pa encauzar esas aguas, que son nuestra riqueza y nuestra liberación.

FEDE. ¿Las veré yo surcar estos campos?

ROBLEDO No has de verlas, gringo. Las verás como yo, y ellas se llevarán río abajo las tristuras y los pesimismos. Ellas nos salvarán a todos y nos redimirán a todos. *(Siguen hablando en voz baja.)*

(Por la izquierda sale el GALLEGO *seguido de* FRITERINI.*)*

GALLEG. Aprieta los neumáticos, macarroni, que van a venir esos saltiadores y me van a saquear el armasén.

FRIT. Io non posso correre.

GALLEG. Pos si no *poses* correre, te vuelves a tu tierra, a fabricar carameli de los Alpis... Aquí hay que moverse, niño. Luego querrás tú, cuando yo me vaya a Cái, quearte de encargao del armasén...

FRIT. Es que lei me da paura. Lei me pega en la testa.

GALLEG. Y te vi a dar cá capón, que te la voy a poner como una sandía de veinte

pesos. El anterior Gallego —porque yo me llamo Antonio González, nacido en el pasedo de Apodaca, según s'entra en Cái, a mano derecha—, el anterior Gallego m'atizaba cá bofetá, que me deslumbraba... Pero cuando él se fué pa España, me dejó este boliche que yo he convertío en armasén. Conque aplícate er cuento... Patá que te pego, armasén que te ganas.

FRIT. Posse pegare a sua comodittá.

GALLEG. ¡Camará con el atorrante! Aligera, niño. Prepara las latas de sardinas y de foas grases, y las cervezas, y los *champagneses* y los *jereceses*... *(Entra Friterini en el boliche.)*

FRAILE Pero, ¿qué pasa, Gallego?

GALLEG. Don Canterac, qu'ha mandao que s'orsequie acá mismo, en el armasén, a los piones de las obras... Allá s'habrán puesto a bailar, y aquello era, es, delirium tremens... Así se quean ellos a su anchas, y esos curdilones no estropeen la fiesta... ¡Vivo, niño! *(En la puerta del boliche.)* Y aprontame las dos pistolas, pa descargárselas al primer sinvergüenza que quiera abusar... Al Gallego no le toma la cresta ningún gringo retobao.

FRAILE Pero, ¿vas a darles vino de España?

GALLEG. Tengo un Jerés, legítimo de Bahía Blanca, que es gloria pura... ¿Friterini? ¿Macarroni? Apronta las banderas, niño, que hoy es día de fies-

ta mayor en «La Presa», y hay que isarlas en lo más arto del armasén.

FRAILE ¿Cuántos años hace que falta de Europa, gringo?

GALLEG. ¡Cualquiera s'acuerda, Fraile...! Era yo mucho más pequeño que ese macarrón, cuando m'arrearon p'acá. Eramos cinco chaveas, que nos comíamos a mi mare por un costao. Tres se quearon allá; uno se fué p'al Norte, yo me vine p'al Sur... Y no me ha ido maliyamente del tó. El día que estén regás estas tierras, me voy yo a reí de Rochí y de Guanderví. En automóvil me vi pa España.

FRAILE ¿Vas a cruzar el mar en automóvil, Gallego?

GALLEG. En un automóvil montao en un barco y yo agarrao al volante. Y en cuanto arrime el barco al muelle de Puntales, le doy al motor, y me planto en la chacra de mi vieja, junto a San Severiano, seguido del Alcalde, del Gobernaor, del Obispo, y de toas las fuerzas vivas que me estarán esperando en la Muralla del Sur, pa verme llegar... Y yo, dándole al volante, vestido de levita y chistera y chaleco de fantasía echándoles carderilla a los atorrantes de Puerta Tierra. Y mi mare que me ve entrar... ¡Maresita mía de mi arma! La dejé que era una estrella de bonita y ahora será un sarmiento, con la cabesita plateá... ¡Uyuyuy, maresita mía! Toma plata, mucha plata, toa la plata qu'ha podío reunir el Gallego matándose a

trabajar en las Américas... Toma plata, mare... Y unidas su plata y la mía, nos daremos un abrazo muy grande, muy grande... ¡Figúrate si tiene que ser grande pa compensar veinticinco años de trabajos forzaos, lejos de las dos madres que Dios le ha dao a uno!

FRAILE ¡Pucha, Gallego, que eres elocuente!

GALLEG. ¿Friterini? Aporta las banderas, niño... que ya llegan acá los piones... ¿A ver vosotras? ¿Mestizas? Sacad vivito las bateas con unas copitas de caña, y unos copetines de vino barbera...

FRAILE Pero, ¿qué bochinche es éste? *(Se oye, en efecto, el rumor creciente de una muchedumbre que se acerca, protestando a grito herido.)*

GALLEG. *(En la puerta del boliche.)* Sacad las guitarras. Que canten y bailen hasta desvencijarse. Con eso se orviarán de hacerme consumo. Le vi a poné una cuenta a don Canterac, que le vi a envolvé... Pero, ¿qué pasa, Fraile?

FRAILE Que vendrán mamaos esos curdilones.

GALLEG. Pero si entoavía no lo han probao...

VOCES *(Dentro.)* ¡Muera la gringa mala! ¡Muera!

FEDE. ¿Qué es eso, Robledo? ¿Qué gritos son esos?

ROBLEDO No sé; voy a enterarme. Entráte tú en el salón, que en seguida subo, no más. *(Entra Federico en el interior del «bengalow». Robledo baja a escena.)*

MEST. 1.ª *(Saliendo, seguida de gran número de*

criollos, gauchos, peones, etc.) ¡Gringa mala! ¡Gualichu desatao!

CRIOLLOS ¡Muera!

CRI. 1.º Vamos a miniarla chumbo, no más.

MEST. 2.ª Mulita mañera.

MEST. 1.ª Arcabucera no más.

ROBLEDO ¿Qué es lo que sucede?

CRI. 1.º Esa gringa...

ROBLEDO Hablad de una vez. ¡Rápido!

MEST. 1.ª Se van a desgraciar dos hombres por esa gringa.

ROBLEDO Pero qué punta de macanas me decís vos acá.

(Por la izquierda entra MORENO, *todo descompuesto.)*

MORENO ¡Robledo! ¡Señor Robledo!

ROBLEDO ¡Qué pasa, don Tintero! ¿Cómo viene tan desatao? ¿Ha ocurrido algo en el parque? Dígame no más.

MORENO ¡Es muy hermosa! Canterac la había llevado a un cenador para darla una copa de champagne... Pero, una vez allí, parece ser que Canterac se sugestionó... —¡es muy disculpable!—, y la quiso besar... Pirovani, que rondaba cerca, se abalanzó sobre Canterac y le soltó dos bofetadas como dos barrenos... Canterac devolvió las bofetadas a Pirovani. La gente, al principio, aplaudía creyendo que eran cohetes... Canterac y Pirovani se enzarzaron, se golpearon ferozmente, rodando por el suelo, mordiendo injurias en francés y en italiano, mientras la señora Marquesa, más bonita que nunca, se alejaba de aquel espectáculo repugnante... Total: que quie-

ren batirse..., y que quieren batirse a muerte, y que Pirovani desea que usted le apadrine...

ROBLEDO ¡Yo! ¡Apadrinar yo esa locura!

FRAILE *(Filosófico.)* ¡La gran siete!

ROBLEDO ¡Mujer fatal!

CRIOLLOS ¡Muera la gringa!

FRAILE ¡Gualichu, patrón! ¡Nos trajo usted otra vez a Gualichu a la Pampa!

ROBLEDO ¡Silencio vosotros! No aumentéis el dolor inmenso del alma más buena y más noble que pisó estos contornos. Que no sepa nunca las causas de este desafío... Distráelos, Gallego, dales de beber...

GALLEG. Volando, patrón... A ver los jeréceses... Venga to er mundo. Tengo orden de invitaros a ustedes a un bocadillo y a una cañita, pero al primero que quiera abusar, le desmayo a azotes... ¿Niño...? ¿Friterini? *(Sale* FRITERINI *con unas guitarras que empiezan a templar en seguida varios de los criollos.)* A ver los rotos chilenos si nos bordan ahura mismito la cueca de su país... Abran cancha...

ROBLEDO ¿Y qué le digo yo a ese hombre, Moreno?

MORENO ¡Canterac quiere que le apadrine el señor Marqués!

ROBLEDO ¡Apadrinarle Federico!

MORENO El Marqués y Watson.

ROBLEDO Sirena fatal que fascina y devora. ¿Por qué te habré salvado del mar en que te hundías?

GALLEG. Un poco de silencio. Va a empezar la cueca chilena. *(Comienza el baile*

que es inútil describir. Al terminar, cuando hombres y mujeres agitan los pañuelos de distintos colores, aparece en escena FRITERINI, *con un paquete de banderas de distintos países.)* ¡Vivo! ¡Friterini...! Iza en lo más alto del almacén la bandera de España... La primera de todas... Luego ves izando la que más te acomode, pero primero la de España.

ROBLEDO No, m'hijo. Primero l'argentina... que acá venimos muchos hijos de muchas madres distintas y ella fué madre para todos nosotros. A los desheredados, nos dió plata y hartura; a los tristes, consuelo; a los desengañados, ilusión, horizontes y lejanías... Ella nos dió los medios para volver a besar triunfadores la tierra que vencidos abandonamos. Allá nacimos, pero acá sembramos. Iza la bandera argentina, que es la bandera de todos nosotros... que tierra que a todos se abre, y a todos se entrega, y a todos da riquezas y hogar y cariño, no es tuya ni mía... ¡es de todos!, ¡de todos...! Izad la bandera argentina, hermanos, y amemos en ella las patrias lejanas... *(Lentamente va izándose la bandera argentina. Las guitarras tocan el himno nacional. Todos se descubren. El telón cae lentamente.)*

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

El rancho de Robledo. Todo el foro son las obras del dique. Compuertas, andamiajes, grúas, vagonetas, descargaderos, máquinas... A la derecha, una caseta de madera oscura, con puerta y ventanas practicables. A la izquierda, cobertizo para guardar las herramientas. Bajo este cobertizo, y adosados a la caseta de la derecha, asientos rústicos, hechos con troncos de árboles.

(Al levantarse el telón, no hay nadie en escena. A poco, sale «EL FRAILE» *por el foro derecha, cargado con un capazo de herramientas, que arroja a un rincón del cobertizo de la izquierda.)*

FRAILE ¡La gran siete...! *(Saca una bolsa de tabaco y comienza a liar un pitillo.)* Pitaremos.

(A poco sale FEDERICO TORREBIANCA *por la derecha.)*

FEDE. Buenas tardes, Fraile.

FRAILE Buenas, patrón.

FEDE. ¿No está en su rancho don Manuel Robledo?

FRAILE No está en el rancho. En el rancho no hay ni un solo pión. Recién aca-

bo de recoger unas herramientas. S'acabó el trabajo, sabe Dios hasta cuándo. *(Federico se ha sentado bajo el cobertizo sin prestar oído a la charla del Fraile.)* Don Pirovani, muerto. Don Canterac, retobao... Y yo le voy a preguntar, entonces, ¿cuándo volverá a haber campaña por estos pagos...? Y lo más pior, es que han comenzado las lluvias y el río lleva una crecida tremenda. Y si vuelve a llover antes de que se reanude la campaña, las aguas se llevarán todos estos afanes y estos sudores...

FEDE. ¿No sabe dónde puede estar Robledo?

FRAILE A primera hora volvió no más, de Fuerte Sarmiento, de enterrar a don Pirovani... Parece que ha caído sobre «La Presa», desde hace algún tiempo, una nube de «ayacuyás»... *(Ofreciéndole la bolsa del tabaco.)* ¿Quiere pitar, patrón?

FEDE. *(Rechazándola con un ademán.)* Gracias.

FRAILE El patrón no sabrá de juro quiénes son los «ayacuyás»... Los «ayacuyás» son unos malditísimos duendes indios —¡la gran siete!—, que traen las enfermedades y la desgracia... Pero acá se acerca don Robledo. Chao. Me voy a seguir recogiendo herramientas. Dejuramente se enmohecerán antes de que continúe la campaña... ¡La nube de «ayacuyás» que ha caído sobre «La Presa»! *(Hace mutis por la izquierda, a tiem-*

po que por la derecha entra ROBLEDO.)

ROBLEDO ¡Tú aquí, Federico...!

FEDE. Te fuí a buscar a tu casa. Watson no estaba. No sé qué me han contado de Manos Duras y la hija de Rojas.

ROBLEDO Otra gran desgracia... y otra gran infamia. Manos Duras ha raptado a Celinda.

FEDE. ¡Qué horror...! Pero le habrán cogido en seguida, ¿no es eso?

ROBLEDO Ahora mismo galopan buscándole, Rojas por un lado, Watson por otro... Yo mismo vengo de la chacra de ese bandido... Los piones y los capataces, armados de rifles y escopetas, piantan camino de los lagos, de Choele-Choel, del Chubut... ¿Y sabes tú quién ha sido el alma mala que ha perpetrado este crimen, Federico?

FEDE. *(Con la voz llena de humildad y de tristeza.)* ¿Me dejas que te hable, Robledo? Venía a hablarte. Quiero hablarte... porque ya no puedo sufrir más... Desde ayer ando errante por estos campos... Aquellas mujeres que, en cuanto corrió la noticia de la muerte de Pirovani, se situaron ante nuestra casa, profiriendo amenazas e insultos incomprensibles... Esa sorda hostilidad contra nosotros que leo en todos los semblantes...

ROBLEDO Contra ti, no.

FEDE. Contra Elena, ¿verdad? Contra Elena. Necesito que me oigas. Tú eres lo único que me queda en el mundo,

la sola persona que me quiere. Me debes la verdad. ¿Me dirás la verdad, Robledo?

ROBLEDO (*Sentándose a su lado, sobre un tronco de un árbol.*) Habla.

FEDE. (*Al cabo de una pausa.*) Te he contado toda mi historia con Elena, todo lo que sé con certeza de su vida. Lo demás..., lo demás, es ella quien lo dice y no sé si he sido un necio creyéndolo hasta ahora... Porque hoy hasta dudo de su personalidad y de su nombre... Yo le di noblemente todo mi pasado. Y ella, tal vez no me ha devuelto más que mentiras. Desde hace unas horas, parece que veo las cosas con otros ojos. ¡Ay, las miradas crueles de esas pobres gentes! Yo que nunca temí a nadie, no he podido afrontar los ojos hostiles o burlones de esos infelices trabajadores. Me he sentido tan acobardado, que, además de pensar en ti, pensé en mi pobre madre, como si aun fuese un niño. ¡Ella que se privó de todo, para que su hijo conservase el honor de sus ascendientes...! ¡Y su hijo ha acabado por ser la irrisión de un campamento de emigrantes, en un rincón incivilizado de la tierra...! ¡Qué vergüenza... y qué dolor...!

ROBLEDO Vamos, viejo; levanta ese ánimo. No se ha perdido todo. Tienes acá al hermano Robledo, que te salvará hoy como te salvó en Francia.

FEDE. ¡En Francia! Tú que eres mi único

amigo, contéstame a esta pregunta que me está abrasando el cerebro desde hace muchas horas. Contéstame, Robledo, viejo amigo leal, contéstame... Dime: ¿crees tú que Fonterroy era el amante de Elena? ¡Contéstame! ¡Contéstame!

ROBLEDO ¿Por qué te martirizas neciamente, Federico? No pienses más en el pasado. Hay que saber nacer y morir muchas veces a todo lo largo de una vida.

FEDE. Contéstame. ¡Contéstame! Esos dos hombres..., Pirovani y Canterac, fueron a batirse por Elena, ¿verdad...? ¡Contéstame! *(Con infinito desaliento.)* ¡Callas...! ¡Y fuí yo..., el marido..., quien dirigí el combate para que se matasen! *(Una pausa. Al cabo de ella, Federico se pone en pie, restregándose los ojos.)* No puedo seguir aquí. Me da vergüenza arrostrar la mirada de las gentes. Tampoco debo marcharme con ella. Ya no me podría dominar con nuevas mentiras. La miraré de frente, y al ver la falsedad de sus ojos y de su sonrisa, la mataré... Tengo la certeza de que la mataré.

ROBLEDO Escucha, Federico. Oye el consejo leal del camarada Robledo. No te acuerdes más de esa mujer. Y ahora, por el momento, vete a mi casa y descansa unas horas... Mañana buscaremos la manera de libertarte. Ella se irá. No sé cómo lo conseguiremos, pero se irá, y tú te quedarás acá

conmigo... Camina, viejito, camina. *(Le va llevando hasta el foro derecha, por donde hace mutis, al cabo, Federico, llorando como un niño.)* Descansa y no atormentes ese pobre cerebro... Mañana amanecerás a una vida nueva. Que nadie sabe mejor que yo, cómo se muere un alma en el crepúsculo de la tarde, y cómo amanece otra vez entre resplandores de alborada... Camina, pobre viejito, camina... *(Han hecho mutis ambos por la izquierda. La escena queda sola un instante. A poco entra* ROBLEDO *nuevamente. En el centro de la escena se limpia los ojos con la mano, y después se dirige rápidamente a la caseta de la derecha.)* Ahora, a cazar la alimaña. *(Entra en la caseta, saliendo en seguida con un rifle que se cuelga al hombro.)* Quiera el cielo que lleguemos a tiempo de evitar el más pior de los crímenes de ese demonio suelto... *(Al salir, aparece por la izquierda* ELENA DE TORREBIANCA. *Viste traje de montar, pero con brick y sombrero ancho. Elena avanza hacia la derecha, cortando el paso a Robledo.)* ¡Usted!

ELENA Yo misma. ¿Por qué esa sorpresa? ¿No es éste su rancho?

ROBLEDO ¿Qué viene usted a buscar aquí, señora? ¿Cómo se ha atrevido usted a desafiar la justa cólera del pueblo?

ELENA He tenido que salir por la puerta de servicio del «bengalow», y aun así, no me he librado de oir una sarta

de injurias estúpidas, ni de que una piedra haya rozado la cabeza de mi «ponney»... Linda tierra ésta, amigo Robledo. *(Sentándose en el tronco de un árbol y golpeando su bota con la punta del látigo.)* Está visto que su tierra de todos no quiere ser hospitalaria para esta pobre mujer.

ROBLEDO ¡Pero qué suprema inconsciencia es la suya, Elena! ¡Qué abominable criatura es usted! Pero, ¿no se da usted cuenta de que ahora mismo, en este momento, se está cometiendo quizás el más cobarde de los crímenes, y que de este crimen irreparable, es usted el inductor odioso?

ELENA ¿Se refiere usted al rapto de la india de Rojas? ¿Y qué culpa tengo yo de que Manos Duras tenga agravios que vengar del estanciero?

ROBLEDO A mí es difícil que me engañe usted, Elena. Sebastiana, la gobernanta de Rojas, la vió a usted hablar anoche con ese bandido, y hasta sorprendió en los labios de usted repetidas veces el nombre de Celinda. ¿Es que el despecho, los celos, el rencor, pueden cegar hasta ese extremo a una mujer tan moderna y tan refinada como usted? ¿Es que llevamos la ferocidad tan a flor de piel, que toda la cultura de que alardeamos y toda la preparación de que nos orgullecemos, no son más que un leve barniz que salta fácilmente a la primera contrariedad que sufre nuestro espíritu?

ELENA Posible es... En todo caso, se trata de un problema de sinceridad. Pero, por Dios, Robledo, en estos momentos de mortal laxitud, en que con los nervios rotos, miro todas las sendas cerradas obstinadamente y todos los horizontes nublados con una densidad de asfixia, no arroje usted sobre mí más sombras ni más angustias...

ROBLEDO ¿Sufre usted...? Siente usted otra vez en su vida la sensación del naufragio y quiere usted salvarse a toda costa. Pero, ¿y todos esos infelices a quienes ha hundido usted cruelmente? Ayer, Fonterroy... Ahora Pirovani, Canterac... Hoy y siempre ese pobre, ese noble Federico de Torrebianca... ¡Qué ha hecho usted de la vida de ese hombre digno y bueno, que no ha cometido más pecado que enamorarse ciegamente de usted? ¿Y en nombre de qué? ¿Con qué derecho ha realizado usted esta serie de delitos? ¿Porque es usted bella y tiene necesidad de ser adorada? ¿Porque nació usted en cuna de oro y le es indispensable vivir a todo lujo? Recuerdo que me dijo usted un día que el collar de perlas es el uniforme de la mujer moderna. Pero, ¿es lícito que la mujer moderna, para conquistar ese uniforme, arrase la vida de los suyos, y siembre de lágrimas su paso? ¿No le apretará ese collar como un dogal maldito? Y cuando la juventud pase, ¿no será el collar

de perlas un collar de espinas, sobre la estatua estéril que no supo ser más que estatua, y no se humanizó ni un solo momento, ni para ser fecunda en la belleza, ni para ser amante en el amor? No, Elena. Maldita por inútil la mujer más hermosa si no desea antes, y mejor que el collar de perlas, en su cuello, el collar humano de los brazos del hombre, y el collar divino de los brazos del hijo... que estos collares, y no otros, son lo que constituirán ahora y siempre por los siglos de los siglos, el uniforme de la mujer honrada.

ELENA Es usted un adorable misionero... que ha llegado un poco tarde a estos descampados argentinos.

ROBLEDO Tarde, es verdad; sobre todo para Pirovani, que no volverá jamás a los brazos de su pobre huérfana; para Canterac, que camina huyendo hacia la cordillera de los Andes... y que también ha malogrado su vida y su juventud, en el torbellino de la sirena... Tarde para usted misma, que no tendrá tiempo bastante para arrepentirse del mal que ha hecho...

ELENA Me aterra usted. Acabaré por creerme un monstruo. Y no soy más que una pobre mujer que lucha desesperadamente para reconquistar su vida...

ROBLEDO ¡Su vida! ¿Sabe usted misma, acaso, cuál es su vida? Egolatría suprema que sería sensible si no fuese feroz. Pero, acabemos. Confieso a usted que me hace daño hablar con usted. Un

daño material. Un daño físico. Es necesario que se marche usted de «La Presa».

ELENA ¿Me arroja usted?

ROBLEDO Sí.

ELENA Perfectamente. De eso mismo quería yo hablarle, y por eso mismo me he arriesgado a venir a buscarle a su rancho. La vida aquí me sería imposible en lo sucesivo. Tampoco puedo soñar en continuar al lado de Federico. Desde la tarde de ese duelo estúpido no he vuelto a verle. Sabe Dios lo que sospechará, lo que creerá, lo que le hayan dicho de mí...

ROBLEDO ¡Lo que le hayan dicho!

ELENA Es posible que yo haya destrozado su vida, pero también él ha deshecho la mía. Pero no debo, ni quiero, volver la cabeza atrás. Necesito su ayuda. Esta sirena cruel no tiene ni un centavo para poder llegar a Fuerte Sarmiento.

ROBLEDO No se preocupe usted. Antes de la noche, tendrá en su poder el dinero que necesite.

ELENA Nada más el indispensable para llegar hasta Buenos Aires. Yo se lo devolveré una vez allí.

ROBLEDO No es preciso. Lo que la ruego, lo que la exijo, es que tome usted el tren esta misma noche.

ELENA ¿Me lo exige usted?

ROBLEDO Por usted misma.

ELENA Haré lo posible por obedecerle.

ROBLEDO Y ahora adiós, señora. Probablemente no volveremos a vernos nunca. No

sé qué vientos la empujarán a usted, ni qué caminos me trazará el destino. Usted va a dedicar su esfuerzo a reconstruir una vida de triunfo y de riqueza para usted sola. Yo voy a dedicar el mío a hacer fecundas estas tierras estériles y a dar pan a centenares de familias... Sobre su cuello, fulgirán perlas que acaso sean lágrimas... Sobre esta tierra, brillarán gotas de agua, que serán risas y alegría y salud. Estos campos yermos que atravesó la sirena, tendrán flores un día... y es muy posible que cuando apunten las primeras rosas en la tierra de todos, todavía se recuerde con horror el paso de Gualichu por este campamento de emigrantes... *(Echándose al hombro el rifle y haciendo mutis por la derecha.)* Adiós, señora... y que no volvamos a vernos nunca.

ELENA *(Ha permanecido un instante sentada, abstraída, recogida en sí misma. En seguida se pone en pie, pasándose la mano por sus cabellos.)* ¡Misionero estúpido! ¿Y mi vida? ¿Y mi juventud? ¿Por qué han de sacrificarse? ¿Quién merece este sacrificio...?

(Por la izquierda aparece el insignificante MORENO, *Timoteo Moreno, don Tinterillo. Viene con su inseparable cartera debajo del brazo.)*

MORENO Con la venia de la señora Marquesa. He venido siguiendo no más, a la

señora Marquesa. Tenía miedo de que esos saltiadores ofendiesen a la señora Marquesa y me he permitido... ¿Me perdona la señora Marquesa?

ELENA ¿Usted no me abandona también como todos?

MORENO ¡Qué esperanza! Yo me rompo, pero no me *dueblo*... Esta mañana, apenitas me sirvieron el churrasco, pianté pa casa de la señora Marquesa, a fin de hablarla de asuntos de extraordinaria gravedad. Pero no me decidí a molestarla. El Marqués no estaba. La servidumbre se le había despedido no más, no queriendo arrostrar las iras del pueblo... Linda cosa, ¿no? Esta tarde, cuando montao en mi flete me dirigía al «bengalow», vi salir a la señora Marquesa, jinete en el overo que la regaló don Canterac... Y la seguí de lejos pa guarecerla, ¿no...? Pero la estoy entreteniendo... y usted deseará de juro volver al «bengalow».

ELENA ¡Oh, no! Lo más tarde posible... Siéntese, Moreno... No estará usted tan cómodo como en los sillones del «bengalow», pero en cambio, irá ganando en el paisaje. ¿Qué tiene que decirme?

MORENO Me voy a Buenos Aires en el tren de esta noche. He de dar cuenta al Gobierno de lo ocurrido y he de hablar con el Ministro de Obras Públicas, acerca de la continuación de los trabajos.

ELENA ¿Esta noche?

MORENO Esta noche, sí ; pero antes de partir, he de dejar arreglado algo que con usted se relaciona.

ELENA ¿ Conmigo ?

MORENO No sé si usted ignora que el pobre Pirovani me ha dejado nombrado tutor de su hija, y administrador general de todos sus bienes.

ELENA *(Con mezcla de asombro e interés.)* ¿ De veras ?

MORENO El desdichado, por lo que he podido advertir al examinar rápidamente sus papeles, era mucho más rico de lo que podía imaginarse. Este encargo postrero de mi desventurado amigo, ha de darme mucho que hacer y tal vez me obligue a dimitir mi empleo. ¡ Quién sabe si podré regresar aquí ! Temo que no volvamos a vernos en mucho tiempo, señora.

ELENA *(Con la desesperada coquetería de su naufragio.)* No lo sentirá usted mucho, seguramente.

MORENO Déjeme que termine, ¿ no... ? La casa en que usted habita, pertenece a la heredera del infeliz Pirovani ; pero yo, en uso de mis facultades, le comunico que puede usted seguir viviendo en ella cuanto tiempo considere oportuno, como si fuese de su propiedad y sin pagar por ella ni un solo centavo. ¡ Qué no haría yo por la señora Marquesa !

ELENA ¡ Se va usted ! Para mucho tiempo... para toda la vida. El mejor, el único amigo que me quedaba. *(Se levanta, da unos pasos, y apoyándose en un*

árbol, de espaldas al público, rompe a sollozar convulsivamente.)

MORENO *(Acercándose a ella tímidamente.)* No llore usted, señora Marquesa. No debe usted llorar... Usted no es responsable, m'hijita, de la muerte de Pirovani, ni de la fuga de Canterac.

ELENA Lloro por mí misma, por mi desgracia, que no tiene remedio. Estoy sola en el mundo. Mi marido no ha vuelto a casa hace dos días..., y tal vez no volverá. ¡Dios sabe qué calumnias han podido contarle! Me quedaban mis amigos, mis buenos amigos; el uno ha muerto, el otro anda fugitivo. Sólo podía contar con usted y usted se marcha para no volver...

MORENO No me voy, en realidad, no me voy... En Buenos Aires me tendrá usted a sus órdenes, tan adicto como siempre, tan devoto como siempre...

ELENA Jamás he conseguido hacerme comprender. *(Sonriendo tristemente.)* Los hombres son así. Cuando les gusta una mujer, acuden todos al mismo tiempo, aturdiéndola con sus asiduidades, quitándose el sitio unos a otros de tal modo, que la pobre se desorienta y acaba por no saber hacia dónde va su predilección... *(Pausa. Con mucha dulzura y la vista en el suelo.)* Ahora que usted se marcha y le pierdo, tal vez para siempre, me doy cuenta de que los dos pobres amigos que nos abandonaron, se colocaban en primer término con tal

violencia, que consiguieron ocultarme al hombre más interesante para mí.

MORENO (*Radiante en su humildad.*) ¡Oh, Marquesa! ¡Qué dice usted...! Estoy soñando, sin duda... Yo no me atreví a esperar nunca...

ELENA Siempre silencioso y humilde, desdibujado en un eterno segundo término... Acaso por ello precisamente me interesó usted, y tal vez por ello mismo he pensado muchas veces en lo que podría hacer un hombre de positivo mérito como usted, viviendo en Europa y trabajando bajo la dirección de una mujer que le inspirase nobles ambiciones. Pero ya es tarde. ¿Para qué hablar de eso...?

MORENO También yo he pensado anoche, durante muchas horas, en la conveniencia de que yo fuera a Europa a velar allí mejor que desde Buenos Aires, por la fortuna de la hija de Pirovani. Allí podría aumentarla considerablemente emprendiendo determinados negocios... (*Una pausa. Ahora es Moreno quien mira al suelo con timidez, mientras Elena sonríe disimuladamente.*) Usted podría venir conmigo a Europa para aconsejarme. Yo, por más inteligente que usted me crea, sólo puedo ser allá un ignorante.

ELENA ¡Está usted loco, Moreno! ¿Olvida usted, además, que yo soy una mujer casada? ¡Qué calumnias no forjaría la gente al vernos juntos! Pero gracias, gracias de todos modos. Es

usted un gran corazón, un nobilísimo corazón.

MORENO — Pero, ¿quién nos conocerá allá, Elena? ¿Quién sabrá nada de nosotros en ese París maravilloso, ensoñado por mí tantas veces, desde este desierto patagónico?

ELENA — ¿Y su familia, amigo mío?

MORENO — Mi familia quedaría en Buenos Aires mejor instalada que nunca. Con plata abundante todo se soluciona y nadie vive descontento. Yo tendré mucha plata, porque, como es natural, debo recompensarme a mí mismo por mis trabajos de tutor. Además, ganaré mucho dinero en los negocios.

ELENA — ¡Es una locura! ¡Qué dirían si nos viesen huir juntos!

MORENO — ¡Qué importa lo que digan! Usted tiene derecho a vivir...

ELENA — Si llegase a aceptar, sería con la condición de que partiéramos hoy mismo de este rincón odioso donde todos son enemigos míos.

MORENO — Esta misma noche... Ahora mismo no más, podemos partir para Fuerte Sarmiento. El tiempo de recoger unos papeles en una linguera... En la capital haré efectivos todos los depósitos que hay allá a nombre de Pirovani y cobraré los atrasos que le debía el Gobierno... Y arreglados todos estos negocios nos embarcaremos para Europa, ¿no, Elena? ¿Me permite usted que la llame Elena, simplemente?

ELENA — Claro que sí... Pero conste que hasta

que lleguemos a París, sólo seré para usted un compañero de viaje...

MORENO ¡No me diga, Elena! Yo sabré respetarla siempre! Pero confío que en París...

ELENA *(Cortándole la frase.)* ¡París...! La ciudad única, que usted sólo conoce en las novelas. Yo le mostraré a usted París y le iniciaré en aquella vida excelsa y triunfal, en que cada hora tiene su placer y cada minuto su deseo... *(A Moreno, en su éxtasis, se le deslizan al suelo todos los papeles.)*

MORENO *(Recogiéndolos.)* ¡Perdón...! ¡Perdón...! Es tan inusitado... Yo no podía esperar... El pobre empleadillo de ayer... ¡París! ¡Usted! Estoy deslumbrado...

ELENA *(Cogiéndose de su brazo.)* No perdamos tiempo, amigo mío. Ayúdeme usted a tomar el estribo...

MORENO Está usted temblando, Elena... ¡Oh...! Cójase, cójase de mi brazo no más. Con fuerza, lindura, con fuerza...

ELENA No sabe usted bien con la fuerza que me cojo a su brazo... con el ansia que me cojo a su brazo... No quiero que el mar me sepulte...

MORENO Caminaremos juntos hasta el poblado, ¿no?

ELENA Sí, caminaremos... caminaremos juntos hasta llegar a la orilla...

(Han desaparecido por la izquierda. Casi inmediatamente se oye la voz del GALLEGO *que clama pidiendo auxilio.)*

GALLEG. *(Dentro.)* ¡Socorro, Fraile! ¡Fraile, socorro! ¡Fraile, socorro! *(Entra en en escena con un rifle cruzado a la espalda, dos pistolas en el cinto, una escopeta en la mano derecha, y una navaja enorme en la izquierda.)* ¡Fraile, socorro! ¡Fraile, socorro...!

FRAILE *(Entrando despavorido a continuación, con un pico y un serrucho en las manos.)* ¡Socorro, Gallego! ¡Gallego, socorro! ¡Socorro, Gallego...! *(Se abrazan ambos tiritando a tiempo que suena un tiro que los hace lanzar un alarido de pavor.)*

GALLEG. ¡M'ha matao! *(Otro tiro. Siempre lejanos y que apenas se oigan.)*

FRAILE ¡Me ha hecho ceniza...! *(Caen los dos al suelo. Una pausa.)*

GALLEG. ¿T'ha dao, Fraile?

FRAILE ¿Y a ti, gringo?

GALLEG. La bala se m'ha llevao esta ceja. ¡Mardito sea mi sino perro...! Asómate no más... a ver si toavía alienta ese charrán arrastrao de Manos Duras.

FRAILE Asómate tú, gringuito, que yo no me tengo...

GALLEG. ¡Qué ensalá de balazos, maresita mía! Y er granuja ese, ¡marditas sean sus tripas!, colocando elante suyo a la señita Celinda, pa que don Carlos no pueda disparar, y, en cambio, él freirlo a balazos. ¡Tu cuerpo ladrón! Si yo no tuviera esta temblaera, ya l'había yo achicharrao un solomillo, como me llamo Antonio González... Déjame que les eche un ojo... ¡Mi mare!

Arrepare, clérigo... Don Carlos l'ha matao la montura a ese malange, y Manos Duras tira p'acá, arrastrando a la señita...

FRAILE *(Que arrastrando también, se ha ido a asomar por el lateral derecha.)* Y la vaquillona de Rojas, parece desmayá o muerta.

GALLEG. ¡Charrán! Con cien vías no paga... *(Tendiéndole la escopeta, que el Fraile rechaza.)* Métele una onza de plomo en la curcusilla, qu'a mí me tiembla er purso.

FRAILE Apunta tú, que yo voy a echar a correr.

GALLEG. ¡Que apunte yo! En ocho días no apunto yo ni los fiaos del armasén...

FRAILE Vamos a enviarle un chasque al Comisario, a ver si da con él.

GALLEG. Con er Comisario no das tú ni da don Hermógenes, aquel vigilante de la antigüedá, que buscaba un tío con er faró y con er chuzo... *(Suena otro tiro.)* ¡Mi tía la muda...! M'ha llevao er lubanillo de la oreja izquierda. Alivia, clérigo, que tiran a dar...

FRAILE Pero si no puedo dar un paso, comparito. Parece que se me han dormido las piernas.

GALLEG. Pues a las mías..., a las mías las ha dao la cefalitis litúrgica... Mira, vamos a tirarnos detrás de esas herramientas der cobertizo... Alivia, cobardón, que ya está aquí ese sajogao...

(Se ocultan en el cobertizo de la izquierda a tiempo que por la derecha último término, entra en escena MA-

NOS DURAS. *A esta entrada debe dársele toda la pintoresca plasticidad posible. Manos Duras vestirá un traje completo de gaucho pampero, con sus zajones y su sombrero ancho. Trae en el brazo izquierdo, desmayada, a* CELINDA, *que viste su traje del acto tercero. Con el brazo derecho apunta su pistola hacia dentro. En la boca tiene un cuchillo ancho y buido, cogido con los dientes. Dispara hacia dentro y sigue retrocediendo hacia el otro extremo del escenario. Una vez que ha disparado, mira la pistola vacía y la tira con rabia. Empuña el cuchillo y sigue retrocediendo a tiempo que entra* ROJAS *en escena con un revólver en la mano.)*

ROJAS — Dame m'hija, saltiador, ¡perro!

MANOS — Ven por ella, patrón... Pero si das un paso no más, hundo este puñal en el pecho de tu vaquillona.

ROJAS — ¡Dinero! ¿Cuánto?

MANOS — Ni un centavo, viejo. Quiero este gauchito.

ROJAS — Mil pesos, cinco mil, toda mi hacienda.

MANOS — Ni un centavo, patrón. No quiero más paga que la prometida.

ROJAS — Pero, ¿no comprendés vos, espiantador, que antes de diez minutos estarán mis amigos acá y caerán sobre vos, y yo t'arrancaré el cuero con mis uñas?

MANOS — Antes de cinco minutos estaré yo en mi rancho. Y si no se me hubieran acabao los tiros o no me hubiera us-

ted tumbao mi pangaré, ya estaría resuelto el problema...

ROJAS ¡Mi hija! ¡Mi Celinda!

MANOS ¡Qué esperanza!

ROJAS ¡Tu vida entonces!

MANOS La tuya y la de ella. *(Alza el brazo armado del puñal, sobre el pecho de Celinda. Pero en este momento, un lazo pampero cae sobre él, aprisionándolo por los brazos.)* ¡Oh, gaucho maldito!

(Celinda ha caído al suelo; Manos Duras se debate para cortar el lazo con el cuchillo. Inmediatamente entra WATSON *por la izquierda, teniendo en las manos el extremo del lazo.)*

RICARDO No podrá decir mi gauchito valiente que no me he ejercitado en el manejo del lazo argentino... Quieto no más, cangalla, si no querés que te vuele los sesos. *(Le apunta con un revólver.)*

MANOS Máteme ya, patrón... Máteme ya...

RICARDO ¿Disparo?

ROJAS Déjemele, Watson... Ese es mío no más. Le quiero pa mí... Toda su sangre negra no pagará el infierno que m'ha hecho sufrir... Cúidese de Celinda. Y no se atore por mí, que yo le juro que lo mato... Agarrá no más, tu cuchillo. Defiéndete, bandido...

(Watson ha cogido a Celinda en brazos, llevándola al otro extremo de la escena, donde se arrodilla para examinarla. Manos Duras, que cortó el lazo con su cuchillo, se prepara a la

lucha a muerte. Rojas, con el suyo en la mano, avanza hacia Manos Duras. Se acometen, se esquivan, y luchando desaparecen por la izquierda.)

RICARDO ¿Celinda...? ¿Celinda...? ¡Gauchito mío! ¡No respira! ¡Si hubiera un poco de agua por acá...!

GALLEG. *(Reapareciendo por entre las herramientas del cobertizo.)* Yo también quiero una mijita, que tengo el gañote que es un secafirmas. ¿Fraile...? ¿Fraile...? S'ha muerto. ¿Fraile...?

FRAILE *(Incorporándose.)* ¡La gran siete...!

GALLEG. Vuela a llevarle un buchito d'agua a ese botón de rosa.

FRAILE *(A Ricardo.)* ¿Se le ofrece algo, patrón.

RICARDO ¡Dónde estaban ustedes, cobardes! Un poco de agua. ¡Pronto!

(El Fraile entra en la caseta, saliendo en seguida con un cántaro de agua. Ricardo humedece las sienes de Celinda, que poco a poco va volviendo en sí.)

GALLEG. ¡Cobardes...! ¡Pos no nos ha llamao cobardes...! Ahora mismo le vi yo a acusá las cuarenta a ese indio bravo... *(Mira hacia la izquierda y lanza un grito de horror.)* ¡Mi mare, qué puñalón...! ¡Ay, que m'han matao a don Carlos...! ¡Ay que no! ¡Que ha síο don Carlos quien ha matao al indio! ¡Ay, que no s'ha matao denguno de los dos...! Yo debía dispará a Manos Duras, pero con este purso, le voy a apuntá a él y

le vi a dar al arcarde de Sanlúcar... ¡Ay, la Virgen der Rosario! ¡Ay, qué facazo...! ¡L'ha convertío en un buzón...! *(Se tapa la cara.)*

(Por la derecha entra ROBLEDO, *seguido de varios trabajadores, todos ellos armados de escopetas y pistolas.)*

ROBLEDO ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¿Llegamos tarde, viejo? ¿Qué tiene Celinda?

RICARDO Ya vuelve en sí.

ROBLEDO ¿Y Rojas? ¿Y ese bandido?

ROJAS *(Saliendo por la izquierda.)* Ahí está.

ROBLEDO ¡Muerto!

ROJAS Yo le he matao, yo... Yo, que no le tuve miedo nunca... *(Arrojándose al cuello de Celinda, y rompiendo a llorar al tenerla en sus brazos.)* ¡M'hijita adorada! ¡Mi gauchito del alma...! No tengas miedo ya, mi tesoro. Tu tata ha matao al puma.

CELINDA *(Incorporándose.)* ¡Tatita!

ROJAS Mister Watson te ha salvao, mi hija. El, con su lazo, sujetó a ese bandido.

RICARDO ¿Le hice daño, miss Rojas? ¿No es cierto, que he tirado el lazo menos mal que otras veces?

CELINDA *(Sonriéndose.)* ¡Gringo chapetón...! ¡Grandísimo torpe! El lazo lo tiras rematadamente mal... Pero de todos modos me enganchaste con él.

RICARDO ¡Celinda!

CELINDA Y como yo juré que sólo así conseguirías tenerme otra vez... ¡aquí me tienes!

RICARDO ¡Mi gauchito lindo!

ROJAS Pero, ché, Robledo... el puma no es ese que yo he matao... El puma ver-

dadero, es esa hembra mala que usté se trajo de Europa. Yo voy a «La Presa» no más, a darla un recorrido con mi rebenque...

ROBLEDO ¡Don Carlos! ¡Eso no diga...! Buena o mala, es una mujer y merece respeto.

ROJAS Merece cincuenta rebencazos debajo de la pollera.

ROBLEDO Ya está bien castigada, don Carlos. Pero, ¿qué es esto, amigos? Empieza a llover de nuevo...

RICARDO Volvámonos a «La Presa».

ROBLEDO Si la nube descarga no nos dará tiempo.

CRI. 1.º ¿Cuándo comenzarán otra vez las obras, patrón?

ROBLEDO Cuando el Gobierno disponga, viejo. Ahora tendrán que nombrar otro director.

FRAILE Lo cual quiere decir que nos quedamos sin trabajo no más. Y todo, por esa hembra mala...

MEST. 1.ª ¡Muera la Marquesa!

MEST. 2.ª ¡La cara pintada!

UNOS ¡Muera la gringa!

GALLEG. ¡Pobretilla mía! La van a *achocá*.

ROBLEDO Calma, amigos. Yo iré a Buenos Aires, el trabajo se reanudará en seguida. Yo os lo prometo.

FRIT. *(Por la derecha.)* Siñore Robledo... Siñore Robledo...

ROBLEDO ¿Qué quieres, tape?

FRIT. Il suo amico, il siñore Marquetso...

ROBLEDO ¡Federico!

FRIT. S'ha yettato al fiume...

ROBLEDO ¡Que se ha arrojado al río!

FRIT. Per sopra el rancho de l'India morta. Il fiume porta una corrente terribile... Imposibile salvare.

CELINDA ¡Qué horror!

ROBLEDO ¡Mala mujer...!

FRIT. Cuando io sono venito, io he visto a la siñora marquesa e a don Tinterino, galoppare perso l'estasiotne della ferrovía...

ROJAS ¡Se escapan!

ROBLEDO ¡Dejadlos ir! Dejad que la tierra de todos se limpie de maleficio... Dejad al demonio que profanó nuestros campos volar hacia otros pueblos y hacia otras latitudes... *(Un trueno horrísono trunca la frase de Robledo. Del cielo se descuelga una verdadera catarata.)* ¡La tormenta! ¡Pronto! ¡Guarezcámonos sin perder minuto! ¡Rápido! Las mujeres en la caseta... Nosotros bajo el cobertizo... ¡Pero que es esto, Dios mío...!

(Se oye una enorme explosión, y las obras del dique saltan destrozadas. Las aguas, en una avalancha inexorable, lo arrastran todo: compuertas, grúas, andamiajes... Y el río soberano se precipita en escena, arrollando todo cuanto encuentra a su paso.)

CELINDA *(En la puerta de la caseta.)* ¡Qué espanto!

ROJAS ¡El río, que se lleva las obras!

CRI. 1.º *(Suplicante, a Robledo.)* ¡Patrón...! ¡Patrón Robledo...!

MEST. 1.ª ¡El pan de todos!

CRI. 1.º ¡Las esperanzas de volver a la patria!

UNO ¡Las fatigas de tantos años!

GALLEG. ¡La ilusión de abrazar a mi vieja!

FRAILE ¡Todo perdido!

ROBLEDO ¡Todo río abajo...! ¡Pero qué importa, viejos! ¡Arriba los corazones! Vosotros tenéis una madre que os aguarda, unas criaturas a quienes hacer ricos, una mujer a quien hacer dichosa, una patria que volver a pisar... A trabajar por ellas. A empezar otra vez. *(Al Gallego, cariñosamente.)* Tú, compatriota, serás millonario. Volverás a besar las canas de tu madre, y llegarás a ser Ministro...

GALLEG. ¡La gran siete!

ROBLEDO *(A Watson.)* Tú, Ricardo, tendrás a Celinda, y con ella el amor que es toda la fortuna y toda la alegría... Yo, que no tengo nada, tendré vuestros hijos, que serán nietos míos... ¡Todos vosotros seréis ricos! El río regará vuestras melgas. Yo os lo juro. ¡Arriba el corazón! Sobre el légamo que deje la riada, florecerá de nuevo la esperanza del pan. ¡A trabajar, gringos! Este mismo río que hoy nos arruina con su soberbia, vendrá humildemente a fecundar mañana la corteza sedienta de la tierra de todos... *(Robledo habla como un iluminado, abrazado a Watson y al Gallego. El río, avasallador y magnífico, continúa, a lo lejos, desatando su indomable y rumorosa catarata. Telón.)*

FIN DE «LA TIERRA DE TODOS»

LS
B6445tL

380176

Blasco Ibáñez, Vicente
La tierra de todos...adaptacion teatral
por Linares Becerra.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED